

Algunas propuestas De Recorridos Lectores

Prof. Myriam M. Pacheco
Referente Pedagógica Programa BERA

Dirección Provincial de Educación Superior

Plan Provincial de Lectura - Programa BERA

CONSEJO PROVINCIAL DE EDUCACION
PROVINCIA DE SANTA CRUZ

Índice

Presentación	5
Propuestas a partir del Libro 1	6
<i>Misteriosos caminos alternativos</i>	6
<i>No sólo los seres humanos somos seres vivos</i>	6
<i>La magia y la decepción de la salida a bailar</i>	6
<i>Las desapariciones de personas por causas políticas</i>	6
<i>La sugestión</i>	7
<i>El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha</i>	7
<i>La entrega de la libertad</i>	7
Anexo de las propuestas del Libro 1	9
<i>Rima LXXIII de Gustavo Adolfo Bécquer</i>	9
Propuestas a partir del Libro 2	12
<i>La atracción femenina como un influjo irresistible y perverso</i>	12
<i>Una mirada crítica a la relación de la Iglesia con la fe de los desprotegidos</i>	12
<i>La muerte</i>	12
<i>Mirada crítica a ciertas escenas de la vida cotidiana</i>	13
<i>La fuerza bruta</i>	13
<i>Vidas dolorosas</i>	13
<i>El acecho de los reptiles</i>	13
<i>Los códigos de la vida de campo</i>	14
<i>El amor más allá de la vida</i>	14
Propuestas a partir del Libro 3	15
<i>Historias de parejas</i>	15
<i>La venganza</i>	15
<i>Las inundaciones y sus consecuencias</i>	15
<i>Lo cotidiano visto desde la mirada de los niños</i>	15
<i>El acecho de los reptiles</i>	16
<i>El amor en la amistad</i>	16
<i>Las ilusiones que cobran y dan vida</i>	16
<i>La pobreza y las víboras</i>	16
<i>La persecución por ideologías políticas</i>	17

<i>La vaca como parte del destino familiar</i>	17
<i>El hombre y la selva</i>	18
<i>Creencias populares</i>	18
<i>Después de la muerte</i>	18
<i>Entre sueños y Van Gogh</i>	18
Anexo de las propuestas del Libro 3	19
<i>¡Adiós, Cordera!</i> de Leopoldo Alas “Clarín”	19
<i>El Lobisón</i> por José Ramón Farías	27
Propuestas a partir del Libro 4	28
<i>Las experiencias que unen</i>	28
<i>La discriminación por motivos de raza</i>	28
<i>Reacciones ante la usurpación</i>	28
<i>Los muertos que se contactan con los vivos</i>	28
<i>Las recompensas en relatos populares</i>	29
<i>Los desafíos al diablo</i>	29
Anexo de las propuestas del Libro 4	30
<i>Casa tomada</i> de Julio Cortazar	30
Propuestas a partir del Libro 5	34
<i>Marginados y olvidados</i>	34
<i>Los oprimidos</i>	34
<i>Historias escolares</i>	34
<i>Los orígenes de la araña</i>	34
<i>El amor en la niñez y en la vejez, y la incompreensión del entorno</i>	35
Anexo de las propuestas del Libro 5	36
<i>El mito de Aracné</i>	36
Propuestas a partir del Libro 6	38
<i>Las relaciones entre los padres vista desde los hijos</i>	38
<i>La tradición del asado</i>	38
<i>De hombres que se transforman en insectos</i>	38
<i>Las inundaciones y las situaciones que provoca</i>	38
<i>Reacciones de la niñez</i>	39
<i>Una versión autóctona de la leyenda del jinete sin cabeza</i>	39
<i>Historias de hallazgos increíbles</i>	39
<i>La fragilidad de la existencia humana</i>	40

<i>Historias de pueblos chicos</i>	40
<i>La vida después de la muerte</i>	40
Anexo de las propuestas del Libro 6	41
Datos biográficos de Heráclito	41
<i>La leyenda del Jinete sin Cabeza</i> de Washington Irving	42
<i>Hombre de la esquina rosada</i> de Jorge Luis Borges	43
<i>El fantasma</i> de Árbol	47
Propuestas a partir del Libro 7	49
<i>De padres y de hijos</i>	49
<i>La amistad en la adolescencia</i>	49
<i>De abandonos</i>	49
<i>Penélope, la esposa fiel</i>	49
<i>Las vidas “correctas” o muertes en vida</i>	50
<i>Historias de fantasmas</i>	50
<i>La rutina</i>	50
<i>Antonio Soto y “la Patagonia Rebelde”</i>	51
<i>De ocupaciones o invasiones</i>	51
<i>La vocación de escribir</i>	51
<i>La payada entre Martín Fierro y el Moreno</i>	52
<i>Facundo Quiroga y los tigres</i>	52
<i>Vivencias de una inmigrante inglesa</i>	52
<i>De príncipes y mujeres durmientes</i>	53
<i>Consecuencias de la intolerancia en nuestro país</i>	53
<i>De debilidades humanas</i>	53
Anexo de las propuestas del Libro 7	54
Historia de Penélope y Ulises	54
<i>Natalio Ruiz, el hombrecito del sombrero gris</i> de Sui Generis. Charly García	55
Datos biográficos de Antonio Soto	56
<i>Martín Fierro</i> de José Hernández	58
<i>El fin</i> de Jorge Luis Borges	58
Datos biográficos de María Elena Walsh	61
• La Abuela Agnes	61
La bella durmiente (cuento popular)	62
<i>Fahrenheit 451</i> de Ray Bradbury	69

Algunas propuestas de recorridos lectores

Por la Prof. Myriam M. Pacheco

Para desarrollar el gusto por la lectura es importante ofrecer a nuestros lectores principiantes una variedad importante de géneros, autores y/o temas, entre otros, para darles la oportunidad de probar y elegir. Por este motivo y para colaborar con los docentes y bibliotecarios escolares que deseen compartir en grupos de lectura las colecciones facilitadas por el Plan Nacional de Lectura, tomé como punto de partida “Leer la Argentina” y diseñé los presentes recorridos lectores.

Algunos de ellos remiten también a otros textos que figuran en el Anexo a las propuestas de cada libro de la Colección; cabe destacar que todos ellos han sido obtenidos de diferentes páginas de Internet y, en todos, figura la dirección electrónica. Esta decisión la tomé pensando que es un modo de superar la aparente “enemistad” entre la lectura de libros y la lectura a través de la Web que, personalmente, no comparto, y el hecho de armar el Anexo con este tipo de recursos tiene como objetivo mostrar cómo ambos soportes, lejos de desplazarse uno a otro, se pueden complementar.

Espero que les resulten útiles y pertinentes, y que sean enriquecidos y/o modificados según los intereses y necesidades de quienes decidan llevarlos a la práctica. Asimismo, sería muy grato recibir estos cambios, es decir, nuevos recorridos lectores, para ser compartidos con toda la comunidad del Plan Provincial de Lectura y del Proyecto BERA.

Río Gallegos, 14 de Noviembre de 2006

Propuestas a partir del Libro 1:

Misteriosos caminos alternativos:

1. ***Silueta en rojo*** de Mirtha Isabel Amestoy / ***La casa del largo pasillo*** de Abelardo Castillo / ***La vuelta al mundo de Cinthia Scoch*** de Ricardo Mariño

Desde el principio ***Silueta en rojo*** anticipa la inminente ausencia definitiva de la madre, intuida por una de sus pequeñas hijas. La niña observa que la madre está “en rojo”, en otro plano o en camino a otro plano, tal vez paralelo pero no el mismo en el que se encuentran ellos. Esta idea de camino que conduce no sólo a otro lugar sino a otro tiempo es la que se desarrolla también en ***La casa del largo pasillo***, en la que Timoteo, un viejo ascensorista, descubre “otra dirección” de cuyo influjo ya no podrá escapar hasta descubrir, probablemente sin posible retorno, qué hay al final. ***En la vuelta al mundo de Cinthia Scoch*** también se produce un recorrido por un camino singular, sólo que en este caso el camino es una alternativa fantástica a la cotidianeidad.

No sólo los seres humanos somos seres vivos:

2. ***Objetos*** de Alicia Santillán / ***Perplejidad*** de Raúl Brasca / ***La balada del álamo carolina*** (Fragmento) de Haroldo Conti

¿Se puede dar vida a los objetos a través de los recuerdos y los sentimientos? Si se puede, ¿habrán tenido vida alguna vez? Y si vamos un poco más allá, ¿serán objetos los animales? ***Perplejidad*** los presenta pensando y tomando decisiones... y no es cuento para niños. Finalmente, ***La balada del álamo carolina*** cuenta acerca de un árbol que vive como el hombre que sueña que es árbol. Puede ser que la vida no sea tan sólo un misterio privativo de los seres humanos...

La magia y la decepción de la salida a bailar:

3. ***Yo era una chica moderna*** (Fragmento) de César Aira / ***Cotillón de medianoche*** (Fragmento) de Sylvia Iparraguirre

En el primer texto la protagonista cuenta con incredulidad y asombro la borrachera que sufrió en una de sus habituales salidas a bailar y de la que no recuerda nada. El hecho es pretexto para describir los sucesos que se repiten en estas salidas: las expectativas, las desilusiones, la ilusión de otra realidad distinta y mágica en relación con lo cotidiano, creada por los efectos de las luces en la oscuridad. Sobre todo, este último tema es el que se presenta en ***Cotillón de medianoche***, relato en el que los *solitarios* buscan a aquella chica que cambie su soledad.

Las desapariciones de personas por causas políticas:

4. ***The Buenos Aires Affair*** (Fragmento) de Manuel Puig / ***Rima LXXIII*** de Gustavo Adolfo Bécquer (En Anexo)

El fragmento de la novela de Puig puede parecer, en un principio, el relato del suicidio de una joven artista que sufre de una profunda depresión. Pero, si nos

detenemos en ciertos indicios que lo recorren como la sombra que se proyecta en una ventana sin que Clara Evelia lo advierta, las *huellas barrocas ¿de zapatos de hombre? ya secas que iban y volvían de la puerta del dormitorio de su hija*, el auto color crema que, por momentos, le da la sensación de seguirla y las proclamas gubernamentales que recomiendan la captura de activistas, nos damos cuenta de que es Gladys la que está *tendida en un... en un... ¡hueco!* Y cobran sentido los versos que la madre, involuntariamente, va recordando mientras busca a su hija. Sería interesante, en este recorrido, considerar el contexto histórico de la publicación de la novela de Puig.

La sugestión:

5. **Mal agüero** de Mirta Graciela Itchart / **Póngale la firma** de Armando Luis Lagarejo / **La Llorona** (Fragmento) de José Gabriel Cevallos (Volumen 3 de *Leer la Argentina*)

En estos relatos se ilustra de modo coloquial y claro el poder de sugestión de algunos personajes o creencias sobre quienes los rodean: ¿es el aullido del perro el anuncio de una desgracia o es la señal que incita a que ésta se produzca? Son algunas de las posibles interpretaciones de lo que sucede entre Teresa y Candelario. La costumbre cotidiana del comentario que crece y se fortalece a medida que va pasando de boca en boca hasta quedar convertido en hecho concreto y definitivo, ¿no es también un modo de sugestión? De otro modo, ¿por qué *La Llorona* tiene tanto influjo en su pueblo?

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha:

6. **Leyenda** de Gerardo Mario Goloboff / **Capítulo I** de **Don Quijote de La Mancha** de Miguel de Cervantes / **Vencidos** de León Felipe (Volumen 2 de *Leer x leer*) / **Capítulo LXV**, Op. Cit. / **Capítulo LXXIV**, Op. Cit.

La hermosa metáfora con que finaliza **Leyenda** es el puntapié preciso para presentar al ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, por eso puede ser interesante continuar con la lectura del capítulo primero de la obra que relata cómo ese anciano loco de nombre incierto, Quijano o Quesada, se convierte en el universal Don Quijote, que luego aparece, al final de sus aventuras, en **Vencidos** en cuyo título se incluye el mismo León Felipe. Puede resultar enriquecedor terminar el presente itinerario con la lectura del capítulo LXV en el que se narra la batalla de Barcino a la que se refiere el poema y el capítulo LXXIV que da cuenta de la muerte de Alonso Quijano el Bueno, no Don Quijote quien ya murió en la batalla.

La entrega de la libertad:

7. **El Collar** de Álvaro Yunque / **Objetos** de Alicia Santillán / **Pretérito Perfecto** (Fragmento) de Hugo Foguet (Volumen 2 de *Leer la Argentina*) / **La Mesa** de Marily Morales Segovia (Volumen 3 de *Leer la Argentina*)

El collar plantea el tema de la pérdida de libertad a cambio de algo que se aprecia, aunque esclavice: ¿los sujetos esclavizados a cambio de un **Objeto** (que en este caso, sí es recordado y valorado)? Tema que se relaciona con lo que le sucede a **Objetos** de

Alicia Santillán y, en otro sentido, a Solanita que se debate entre el deber o el placer de lo instintivo, pero también de la angustia o la culpa que genera. Siempre el difícil tema de la libertad. Finalmente ***La mesa***, metáfora de una distancia cada vez mayor que separa a Juan y a su mujer, y que parece tener relación con los hijos.

Anexo de las propuestas del Libro 1:

Rima LXXIII

de Gustavo Adolfo Bécquer

Cerraron sus ojos
que aún tenía abiertos,
taparon su cara
con un blanco lienzo,
y unos sollozando,
otros en silencio,
de la triste alcoba
todos se salieron.

La luz que en un vaso
ardía en el suelo,
al muro arrojaba
la sombra del lecho;
y entre aquella sombra
veíase a intervalos
dibujarse rígida
la forma del cuerpo.

Despertaba el día,
y, a su albor primero,
con sus mil ruidos
despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
de vida y misterio,
de luz y tinieblas,
yo pensé un momento:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

*

De la casa, en hombros,
lleváronla al templo
y en una capilla
dejaron el féretro.
Allí rodearon
sus pálidos restos
de amarillas velas
y de paños negros.

Al dar de las Ánimas
el toque postrero,
acabó una vieja
sus últimos rezos,
cruzó la ancha nave,
las puertas gimieron,
y el santo recinto
quedóse desierto.

De un reloj se oía
compasado el péndulo,
y de algunos cirios
el chisporroteo.
Tan medroso y triste,
tan oscuro y yerto
todo se encontraba
que pensé un momento:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

*

De la alta campana
la lengua de hierro
le dio volteando
su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
amigos y deudos
cruzaron en fila
formando el cortejo.

Del último asilo,
oscuro y estrecho,
abrió la piqueta
el nicho a un extremo.
Allí la acostaron,
tapiáronle luego,
y con un saludo
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro
el sepulturero,
cantando entre dientes,
se perdió a lo lejos.
La noche se entraba,
el sol se había puesto:
perdido en las sombras

yo pensé un momento:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

*

En las largas noches
del helado invierno,
cuando las maderas
crujir hace el viento
y azota los vidrios
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
a veces me acuerdo.

Allí cae la lluvia
con un son eterno;
allí la combate
el soplo del cierzo.
Del húmedo muro
tendida en el hueco,
¡acaso de frío
se hielan sus huesos...!

* * *

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es sin espíritu,
podredumbre y cieno?
No sé; pero hay algo
que explicar no puedo,
algo que repugna
aunque es fuerza hacerlo,
el dejar tan tristes,
tan solos los muertos.

www.poema-de-amor.com.ar

Propuestas a partir del Libro 2:

La atracción femenina como un influjo irresistible y perverso:

8. **Guayaba madura** de Libertad Demitrópulos / **Pretérito Perfecto** (Fragmento) de Hugo Foguet

Justina no sólo peca por lujuria sino que mata para disimular su primera falta, aunque también sus asesinatos logra cometerlos sin testigos ni sospechas, lo cual la hace aparecer ante su familia como lo que ellos desean ver. Pero, al final del relato al lector puede plantearse la duda acerca de si Justina será capaz de cambiar este comportamiento que parece presentarse como una obsesión enfermiza. La Solanita de **Pretérito Perfecto** es descrita dueña de una sensualidad irresistible que conoce y maneja a la perfección como un juego; en un momento el narrador dice: “...*Vos sabés lo que pasa: de pronto el iceberg deja de ser la puntita que vos creías y aparece todo lo demás, lo que está debajo del agua, lo oculto por las capas de cultura, educación represiones que te infligieron...*” ¿Podría ser este el punto que une a ambas mujeres y al que ellas responden de modos distintos y parecidos?

Una mirada crítica a la relación de la Iglesia con la fe de los desprotegidos:

9. **La caja de los milagros** de Héctor Arturo Cabot / **Las vacas de San Antonio** (Fragmento) de Mateo Booz (Volumen 6 de *Leer la Argentina*)

En **La caja de los milagros** asistimos a una fuerte crítica al modo de manejar la fe de los más desprotegidos (en todos los sentidos) por parte de los religiosos consagrados, es decir, aquellos representantes de la Iglesia que mayor responsabilidad tienen en estos asuntos. Podemos reconocer esta misma crítica, pero planteada desde una perspectiva distinta, en **Las vacas de San Antonio**: Dositea muestra una mezcla de buena fe y de larga y dura experiencia de vida que la lleva, ante la inexorable necesidad, a actuar con practicidad ante el santo.

La muerte:

10. **El circo** de Liliana Bellone / **La escopeta** de Julio Ardiles Gray

La protagonista del primer cuento comienza con la descripción de una escena familiar junto a su padre en un día tibio en que, como en un sueño, ven desde la terraza de la casa paterna la llegada del circo, un circo con personajes que actúan de un modo sorprendentemente familiar con ellos, hasta que de pronto advierte que lo que está viviendo no es de este mundo. En el segundo relato, Matías tras un sueño de veinte años que para él ha durado minutos, pretende volver a una casa que ya no es la suya. Pero en este caso se intercalan ciertos indicios, como *dos grandes pájaros negros que volaban en lánguidos círculos inmensos* cuando Matías está cayendo en un dulce sopor bajo un árbol, que nos pueden hacer pensar que ha muerto.

Mirada crítica a ciertas escenas de la vida cotidiana:

11. **Chica, chica boon** de César Antonio Alurralde / **A la hora del té** de Fray Mocho (Volumen 6 de *Leer la Argentina*)

En **Chica, chica boon** se presenta, con gran humor irónico, una fuerte crítica a viejos actos escolares. En el mismo sentido crítico, en el cuento de Fray Mocho también nos encontramos con una escena cotidiana de círculos sociales pretendidamente altos contada en clave de humor.

La fuerza bruta:

12. **Arrepentimiento** de Julio Carreras (h) / **La víbora verde** de Jorge Washington Ábalos

En ambos relatos se destaca, en una primera lectura, el triunfo de la “fuerza bruta” sobre la racionalidad o la inteligencia. Incluso, en **Arrepentimiento**, este es el sentimiento que inmediatamente después embarga al pecador que acude a buscar el perdón y justifica su trasgresión en la sangre española *heredada de endriagos milenarios*; lo que sorprende es que su imposibilidad de reflexionar no le permite discernir lo irracional de este acto final. En el segundo cuento, la pasión del naturalista ante las dificultades de su infructuosa captura se convierte en ira que la transforma en lucha. Entonces, ¿triumfa la fuerza bruta?

Vidas dolorosas:

13. **Imágenes de la felicidad** (Fragmento) de Tomás Eloy Martínez / **Tonto, tonto** (Fragmento) de Clementina Quenel / **Ligustros** de César Noriega

En el primer texto, al promediar el relato, ya advertimos la ironía del título, porque la torpeza absoluta de estos toscos padres hace sufrir innecesariamente a sus hijos, quienes crecen humillados y temerosos. En el segundo relato, asistimos a la historia de Juan, el pobre tonto del pueblo, quien crece al abrigo de golpes e insultos en una lucha y resignación constante por su supervivencia y la de su madre. En **Ligustros** el narrador cuenta con bronca y dolor la frustración de perder la ilusión del retorno de la amada al malinterpretar un llamado de ella. Siempre es el dolor, bajo distintas formas y circunstancias, el que acompaña la vida de estos personajes.

El acecho de los reptiles:

14. **La víbora verde** de Jorge Washington Ábalos / **La selva de los reptiles** (Fragmento) de Joaquín V. González

La víbora verde y su astucia hacen que la pasión del naturalista por capturarla se convierta en ira que transforma el intento de captura en lucha, la que termina con la muerte de la preciada especie y con heridas y secuelas para el cazador. La historia de Pedro, en cambio, cautiva y conmueve porque es la historia de la inocencia sometida a la vida dura y llena de peligros del pequeño pastor del paisaje montañoso de nuestro

norte. En ambos relatos se destaca el reptil como un acecho constante y mortal del que se debe estar en permanente cuidado.

Los códigos de la vida de campo:

15. **El desafío** de Juan Bautista Salazar / **Agua de la discordia** de Walter Cazenave
(Volumen 1 de *Leer la Argentina*)

En el primer relato se aborda un desafío habitual en los boliches de campo durante las horas quietas, lo sorprendente es la actitud del viejo Agenor, en el que prima la experiencia de sus años sobre los pocos pero valientes de su desafiante. En el segundo texto asistimos también al encuentro entre dos valientes acostumbrados a la rudeza de la vida en el campo, a sus ritos y a sus códigos transformados en ley por la costumbre, pero también son hombres de honor porque después del primer encuentro, es esta ley la que respetan.

El amor más allá de la vida:

16. **Breve relato de amor para una noche de luna llena** de Celia Sarquís / **“Amor constante más allá de la muerte”** de Francisco de Quevedo y Villegas
(Volumen 3 de *Leer x leer*) / **La enamorada del muro** de Carlos Blasco
(Volumen 4 de *Leer la Argentina*)

Breve relato de amor para una noche de luna llena es una dulce metáfora del enamoramiento que enajena, tal vez con mayor intensidad ante la ausencia del ser amado. Y enajena de tal modo que Quevedo habla en su soneto del amor que, incluso sobrevivirá a la muerte (puede resultar enriquecedor averiguar con los alumnos acerca del río Aqueronte y el barquero Caronte en la mitología griega). Justamente la muerte a la que parece sobrevivir *la enamorada del muro* para celebrar el amor que se prodigan con su ya anciano amante.

Propuestas a partir del Libro 3:

Historias de parejas:

17. ***El rito de la súplica*** (Fragmento) de Humberto Hauff / ***Camino desviado*** de Hugo W. Amable

En ***El rito de la súplica*** nos sorprendemos al comprender que lo que mantiene a Gualberto en el inhóspito Laguna Yerma es la atracción que siente por la sensualidad de Aleira, atracción que ¿puede tener también algo de provocación? En cambio, ***Camino desviado*** podría interpretarse como una metáfora de la distancia que, a veces y sin plena conciencia, se va instalando en las relaciones de pareja, es decir, en lo que puede suceder a la atracción.

La venganza:

18. ***Venganza*** de Juan José Hernández (Volumen 2 de *Leer la Argentina*) / ***Monólogo de la Gringa*** de Abel Pohulanik / ***Decir amigo*** de Norberto Lischinsky / ***La venganza de Amelita Chacón*** (Fragmento) de Paulina Movsichoff (Volumen 5 de *Leer la Argentina*)

En el primer relato, la *venganza* del chico pretende reparar su caprichosa impotencia provocando dolor a quien no cede a su deseo, aunque ésta sea una de las personas que más lo ama. La *venganza* de *la Gringa*, en cambio, es mucho más elaborada y sorprendente. En ***Decir amigo***, la ansiada *venganza* de Manzano es a la vez la más ansiada todavía *venganza* de Cacho Bruno a la molición de Tirso, su amigo de toda la vida. Amelita, en cambio, ejecuta la *venganza* premeditada y terrible que provoca el desdén de un amante demasiado seguro de sí mismo.

Las inundaciones y sus consecuencias:

19. ***En las sombrías aguas*** de Miguel Ángel Molino / ***La creciente*** de Gustavo Roldán / ***La inundación*** de Manuel Borga

El primer relato nos cuenta una misteriosa y aterradora historia nacida de las innumerables inundaciones que sufren determinadas zonas de nuestro país. El segundo, en cambio, refiere con las pintorescas exageraciones propias de los lugareños y por boca de un viejo sapo, una original cosmovisión de las crecientes y su influencia en nuestro paisaje litoraleño. En el tercero, el tono es de nostalgia y dolor por la destrucción que provoca una inundación, pero el final es un sorprendente punto de unión de dos relatos que advertimos recién en ese momento.

Lo cotidiano visto desde la mirada de los niños:

20. ***Zapatos*** de Mempo Giardinelli / ***¡Hola, José!*** de José del Carmen Nieto / ***El hormiguero*** de Alicia Gutiérrez de Cajal

Zapatos es un relato de tono costumbrista y enternecedor que hace un niño de las discusiones entre sus padres. En el mismo sentido costumbrista se encuentra el relato

acerca de José, pero con todo el cándido dolor de la niñez en soledad. *El hormiguero* hace de este género un relato fantástico magníficamente tratado.

El acecho de los reptiles:

21. *Viento Norte* de Hugo Mitoire / *La caída* de Velmiro Ayala Gauna

Viento Norte cuenta una suceso inspirado en la cotidianeidad de los pequeños poblados del Chaco: el ataque mortal de una yarará a un niño que juega ajeno a los peligros que lo acechan pese a la atenta mirada de su madre mientras trabaja. En el segundo relato asistimos a la caída inesperada y mortal que quiebra la felicidad y los proyectos de Atenor Gamarra, que al igual que el niño del texto anterior, está expuesto a los inesperados, por acostumbrados, peligros del lugar en el que viven.

El amor en la amistad:

22. *Abuelo* de Hugo del Rosso / *El sargento* de Ariel Vergara Bai

Abuelo es un dolorosamente hermoso relato de la vejez desde la visión del nieto, niño todavía, que siempre lo acompaña y, finalmente, lo ve alejarse sin saber que esa visión es premonitoria. *El sargento*, también versa sobre una estrecha relación de amistad, en este caso entre Martín Gorosito, un experto cazador, y su perro *Sargento*. Juntos viven la vida de los montes formoseños que los une hasta la muerte.

Las ilusiones que cobran y dan vida:

23. *Desde el pozo* de Orlando van Bredam / *La enamorada del muro* de Carlos Blasco (Volumen 4 de *Leer la Argentina*)

El primer texto es el relato de un niño que, si bien no entiende plenamente lo que sucede a su alrededor, sí percibe muy bien los sentimientos de quienes lo rodean. Puede ser que *Desde el pozo* llegue “materializado” su mundo interior y que las palabras de despedida de Kaboi sean las suyas que van despidiendo la inocencia de su infancia. De modo similar, ya en el otro extremo de la vida, el anciano de *La enamorada del muro* revive la ilusión, en este caso del amor, que le dio felicidad y lo mantiene vivo.

La pobreza y las víboras:

24. *Viento Norte* de Hugo Mitoire / *El yerro de Antolín* de Raúl Novau

Viento Norte cuenta una suceso inspirado en la cotidianeidad de los pequeños poblados del Chaco: el ataque mortal de una yarará a un niño que juega ajeno a los peligros que lo acechan pese a la atenta mirada de su madre mientras trabaja. El segundo texto narra otro fatal encuentro con víboras en la dura y triste vida que llevan Antolín y su familia, como muchos otros Antolines olvidados en distintos lugares del norte de nuestro país. *El yerro de Antolín* puede interpretarse también como el yerro de la sociedad que, por distintos motivos, es responsable de su ignorancia y de su desgracia.

La persecución por ideologías políticas:

25. **Escondiendo al ruso (1978)** de Isidro Lewicky / **Desde las lilas** de Mirta Sánchez (Volumen 5 de *Leer la Argentina*) / **Heroica** de Lily Patterson (Volumen 4 de *Leer la Argentina*) / **Memoria de las dos estaciones** (Fragmento) de José Luis Vittori (Volumen 6 de *Leer la Argentina*) / **El fin de la historia** de Liliana Heker (Volumen 7 de *Leer la Argentina*) / **Penélope** de Margarita Eggers Lan (Volumen 7 de *Leer la Argentina*) / **Carta abierta a la Junta Militar** de Rodolfo J. Walsh (Volumen 5 de *Leer x leer*)

En clave de humor, **Escondiendo al ruso (1978)** cuenta cómo se las ingenió una familia para conservar a un *perseguido ruso* impreso en papel, resaltando con delicada ironía la necedad de sus perseguidores. **Desde las lilas** es la confesión desgarrada de un nieto a su abuela que pese a haber sobrevivido a los horrores de la guerra, quedó paralizada ante la desaparición de Pablo y ahora se ha marchitado definitivamente ante las evidencias de persecución y tormento del otro nieto que, mientras le habla, espera su destino. En **Heroica**, Raimundo ya se ha ido a otros lugares en donde no puede ser censurado ni perseguido por eso ha triunfado aunque se lo lleven *amarrado*. Si bien son distintas épocas del mismo país: el nuestro, son cuasi idénticas situaciones las que provoca la intolerancia extrema como la que se refiere en **Memoria de dos estaciones**. Y **El fin de la historia** es precisamente eso, el fin de la gran mayoría de aquellos que fueron detenidos y desaparecidos, y una de las posibles reacciones ante tanto sufrimiento y denigración. La historia de **Penélope** ilustra otra de las consecuencias que tuvo en nuestro país la censura y la violenta persecución a causa de la intolerancia de los grupos que detentaban el poder; a la vez se puede pensar que Penélope representa la tolerancia de la espera por aquello que se ama (se puede leer la historia de Penélope y Ulises que de manera simple y breve ya se refiere en el relato).

Para cerrar este itinerario, se propone la lectura de la **Carta abierta** que, al cumplirse un año de gobierno de la Junta Militar, Rodolfo Walsh escribe y publica el 24 de marzo de 1977; al día siguiente es emboscado y capturado en las calles de Buenos Aires, su cuerpo nunca apareció. En ella expresa con claridad y valentía lo que estaba ocurriendo en ese momento en el país.

(www.nodigas.com.ar/carta_abierta_de_rodolfo_walsh_a_la_junta_militar)

La vaca como parte del destino familiar:

26. **La vaca / ¡Adiós, Cordera!** de Leopoldo Alas Clarín (En Anexo) / **La Rosilla** (Fragmento) de Juan Meisen (Volumen 4 de *Leer la Argentina*)

La historia de **Rosilla**, una especie de vaca-mascota, está contada desde la divertida ingenuidad de un niño. En el caso de *la vaca* del segundo relato, es el único animal que se lleva Crisanta al abandonar su casa, *ese galpón oscuro*, junto con sus cinco hijos, posiblemente porque su leche es un sustento importante para ellos. En ambos cuentos la vaca está presentada con ciertas características similares a las de cada familia, como si se mimetizara un poco y, a su manera, pasara a formar parte de la misma. Por eso puede resultar sumamente enriquecedor leer **¡Adiós, Cordera!** el tierno y emocionante relato de Leopoldo Alas.

El hombre y la selva:

27. ***El loco del cerro*** de Germán Dras / ***La caída*** de Velmiro Ayala Gauna / ***A la deriva*** de Horacio Quiroga (Volumen 1 de *Leer x leer*)

El loco del cerro nos deja con la incertidumbre de saber si el protagonista es un hombre o un espectro del hombre que ha muerto comido por los buitres, como también le sucede a Antenor Gamarra en ***La caída***, a raíz de un accidente que no es improbable en estos lugares. A la vez, en este itinerario se hace alusión a Horacio Quiroga y sus cuentos inspirados en su experiencia en la selva, por eso se puede proponer, a modo ilustrativo, la lectura de ***A la deriva*** que presenta una cautivante historia con muchas similitudes con las dos anteriores.

Creencias populares:

28. ***En las sombrías aguas*** de Miguel Ángel Molfino / ***La hilacha*** de Thay Morgenstern / ***El Lobisón*** por José Ramón Farias (En Anexo)

El primer relato nos cuenta una misteriosa y aterradora historia nacida de las innumerables inundaciones que sufren determinadas zonas de nuestro país: el espectro de una mujer con ciega sed de venganza. ***La hilacha*** es una versión autóctona de la leyenda del hombre-lobo, con un logrado final. Para cerrar este itinerario, es interesante la lectura del artículo acerca del lobisón porque aclara el origen de la leyenda y puede dar pie para el intercambio de opiniones acerca de los posibles orígenes de las leyendas y creencias de diferentes lugares.

Después de la muerte:

29. ***En las sombrías aguas*** de Miguel Ángel Molfino / ***Asiento de fogones*** de Rodolfo Nicolás Capaccio

Mientras que en el primer relato nos encontramos con una misteriosa y aterradora historia acerca del fantasma de una mujer que pena en busca de venganza; en el segundo cuento nos asombramos con la ingenuidad de un anciano que no advierte su nuevo estado.

Entre sueños y Van Gogh:

30. ***Los mocasines de Van Gogh*** de Martín Alvarenga / Biografía de Van Gogh y sus pinturas de zapatos en:
noticias.eluniversal.com/verbigracia/memoria/N152/apuntes.htm
vggallery.com/international/spanish/painting/main_pr.htm

Excelente relato surrealista que puede ser pretexto para abordar el conocimiento de una gran figura como la del famoso pintor neo-realista holandés y su predilección, entre otros elementos cotidianos, por los zapatos...

Anexo de las propuestas del Libro 3:

¡Adiós, Cordera!

de **Leopoldo Alas (Clarín)**

Eran tres: ¡siempre los tres! Rosa, Pinín y la Cordera.

El prao Somonte era un recorte triangular de terciopelo verde tendido, como una colgadura, cuesta abajo por la loma. Uno de sus ángulos, el inferior, lo despuntaba el camino de hierro de Oviedo a Gijón. Un palo del telégrafo, plantado allí como pendón de conquista, con sus jícaras blancas y sus alambres paralelos, a derecha e izquierda, representaba para Rosa y Pinín el ancho mundo desconocido, misterioso, temible, eternamente ignorado. Pinín, después de pensarlo mucho, cuando a fuerza de ver días y días el poste tranquilo, inofensivo, campechano, con ganas, sin duda, de aclimatarse en la aldea y parecerse todo lo posible a un árbol seco, fue atreviéndose con él, llevó la confianza al extremo de abrazarse al leño y trepar hasta cerca de los alambres. Pero nunca llegaba a tocar la porcelana de arriba, que le recordaba las jícaras que había visto en la rectoral de Puaó. Al verse tan cerca del misterio sagrado, le acometía un pánico de respeto, y se dejaba resbalar de prisa hasta tropezar con los pies en el césped.

Rosa, menos audaz, pero más enamorada de lo desconocido, se contentaba con arrimar el oído al palo del telégrafo, y minutos, y hasta cuartos de hora, pasaba escuchando los formidables rumores metálicos que el viento arrancaba a las fibras del pino seco en contacto con el alambre. Aquellas vibraciones, a veces intensas como las del diapason, que, aplicado al oído, parece que quema con su vertiginoso latir, eran para Rosa los papeles que pasaban, las cartas que se escribían por los hilos, el lenguaje incomprensible que lo ignorado hablaba con lo ignorado; ella no tenía curiosidad por entender lo que los de allá, tan lejos, decían a los del otro extremo del mundo. ¿Qué le importaba? Su interés estaba en el ruido por el ruido mismo, por su timbre y su misterio.

La Cordera, mucho más formal que sus compañeros, verdad es que, relativamente, de edad también mucho más madura, se abstenía de toda comunicación con el mundo civilizado, y miraba de lejos el palo del telégrafo, como lo que era para ella, efectivamente, como cosa muerta, inútil, que no le servía siquiera para rascarse. Era una vaca que había vivido mucho. Sentada horas y horas, pues, experta en pastos, sabía aprovechar el tiempo, meditaba más que comía, gozaba del placer de vivir en paz, bajo el cielo gris y tranquilo de su tierra, como quien alimenta el alma, que también tienen los brutos; y si no fuera profanación, podría decirse que los pensamientos de la vaca matrona llena de experiencia, debían de parecerse todo lo posible a las más sosegadas y doctrinales odas de Horacio.

Asistía a los juegos de los pastorcicos encargados de llindarla, como una abuela. Si pudiera, se sonreiría al pensar que Rosa y Pinín tenían por misión en el prado cuidar de que ella, la Cordera, no se extralimitase, no se metiese por la vía del ferrocarril ni saltara a la heredad vecina. --¡Qué había de saltar! ¡Qué se había de meter!

Pastar de cuando en cuando, no mucho, cada día menos, pero con atención, sin perder el tiempo en levantar la cabeza por curiosidad necia, escogiendo sin vacilar los mejores bocados, y, después, sentarse sobre el cuarto trasero con delicia, a rumiar la vida, a gozar el deleite del no padecer, del dejarse existir: esto era lo que ella tenía que hacer, y todo lo demás aventuras peligrosas. Ya no recordaba cuando le había picado la mosca.

"El xatu, los saltos locos por las praderas adelante . . . ¡todo eso estaba tan lejos!"

Aquella paz sólo se había turbado en los días de prueba de la inauguración del ferrocarril. La primera vez que la Cordera vio pasar el tren, se volvió loca. Saltó la sebe de lo más alto del Somonte, corrió por prados ajenos, y el terror duró muchos días, renovándose, más o menos violento, cada vez que la máquina asomaba por la trinchera vecina. Poco a poco se fue acostumbrando al estrépito inofensivo. Cuando llegó a convencerse de que era un peligro que pasaba, una catástrofe que amenazaba sin dar, redujo sus precauciones a ponerse en pie y a mirar de frente, con la cabeza erguida, al formidable monstruo; más adelante no hacía más que mirarle, sin levantarse, con antipatía y desconfianza; acabó por no mirar al tren siquiera.

En Pinín y Rosa la novedad del ferrocarril produjo impresiones más agradables y persistentes. Si al principio era una alegría loca, algo mezclada de miedo supersticioso, una excitación nerviosa, que les hacía prorrumpir en gritos, gestos, pantomimas descabelladas, después fue un recreo pacífico, suave, renovado varias veces al día. Tardó mucho en gastarse aquella emoción de contemplar la marcha vertiginosa, acompañada del viento, de la gran culebra de hierro que llevaba dentro de sí tanto ruido y tantas castas de gentes desconocidas, extrañas.

Pero telégrafo, ferrocarril, todo eso, era lo de menos: un accidente pasajero que se ahogaba en el mar de soledad que rodeaba el prao Somonte. Desde allí no se veía vivienda humana; allí no llegaban ruidos del mundo más que al pasar el tren. Mañanas sin fin, bajo los rayos del sol a veces, entre el zumbar de los insectos, la vaca y los niños esperaban la proximidad del mediodía para volver a casa. Y luego, tardes eternas, de dulce tristeza silenciosa, en el mismo prado, hasta venir la noche, con el lucero vespertino por testigo mudo en la altura. Rodaban las nubes allá arriba, calan las sombras de los árboles y de las peñas en la loma y en la cañada, se acostaban los pájaros, empezaban a brillar algunas estrellas en

lo más obscuro del cielo azul, y Pinín y Rosa, los niños gemelos, los hijos de Antón de Chinta, teñida el alma de la dulce serenidad soñadora de la solemne y seria Naturaleza, callaban horas y horas, después de sus juegos, nunca muy estrepitosos, sentados cerca de la Cordera, que acompañaba el augusto silencio de tarde en tarde con un blando son de perezosa esquila.

En este silencio, en esta calma inactiva, había amores. Se amaban los dos hermanos como dos mitades de un fruto verde, unidos por la misma vida, con escasa conciencia de lo que en ellos era distinto, de cuanto los separaba; amaban Pinín y Rosa a la Cordera, la vaca abuela, grande, amarillenta, cuyo testuz parecía una cuna. La Cordera recordaría a un poeta la zavalá del Ramayana, la vaca santa; tenía en la amplitud de sus formas, en la solemne serenidad de sus pausados y nobles movimientos, aires y contornos de ídolo destronado, caído, contento con su suerte, más satisfecha con ser vaca verdadera que dios falso. La Cordera, hasta donde es posible adivinar estas cosas, puede decirse que también quería a los gemelos encargados de apacentarla.

Era poco expresiva; pero la paciencia con que los toleraba cuando en sus juegos ella les servía de almohada, de escondite, de montura, y para otras cosas que ideaba la fantasía de los pastores, demostraba tácitamente el efecto del animal pacífico y pensativo.

En tiempos difíciles, Pinín y Rosa habían hecho por la Cordera los imposibles de solicitud y cuidado. No siempre Antón de Chinta había tenido el prado Somonte. Este regalo era relativamente nuevo. Años atrás, la Cordera tenía que salir a la gramática. Esto es, a apacentarse como podía, a la buenaventura de los caminos y callejas de las rapadas y escasas praderías del común, que tanto tenían de vía pública como de pastos. Pinín y Rosa, en tales días de penuria. La guiaban a los mejores altozanos, a los parajes más tranquilos y menos esquilmados, y la libraban de las mil injurias a que están expuestas las pobres reses que tienen que buscar su alimento en los azares de un camino.

En los días de hambre, en el establo, cuando el heno escaseaba, y el narvaso para estrar el lecho caliente de la vaca faltaba también, a Rosa y a Pinín debía la Cordera mil industrias que la hacían más suave la miseria. ¡Y qué decir de los tiempos heroicos del parto y la cría, cuando se entablaba la lucha necesaria entre el alimento y regalo de la nación, y el interés de los Chintos, que consistía en robar a las ubres de la pobre madre toda la leche que no fuera absolutamente indispensable para que el ternero subsistiese! Rosa y Pinín, en tal conflicto, siempre estaban de parte de la Cordera, y en cuanto había ocasión, a escondidas, soltaban el recental, que, ciego y como loco, a testarada contra todo, corría a buscar el amparo de la madre, que le albergaba bajo su vientre, volviendo la cabeza agradecida y solícita, diciendo, a su manera:

--Dejad a los niños y a los recentales que vengan a mí.

Estos recuerdos, estos lazos, son de los que no se olvidan.

Añádese a todo que la Cordera tenía la mejor pasta de vaca sufrida del mundo. Cuando se veía emparejada bajo el yugo con cualquier compañera, fiel a la gemela, sabía someter su voluntad a la ajena, y horas y horas se la veía con la cerviz inclinada, la cabeza torcida, incómoda postura, velando en pie mientras la pareja dormía en tierra.

Antón de Chinta comprendió que había nacido para pobre cuando palpó la imposibilidad de cumplir aquel sueño dorado suyo de tener un corral propio con dos yuntas por lo menos. Llegó, gracias a mil ahorros, que eran mares de sudor y purgatorios de privaciones, llegó a la primera vaca, la Cordera, y no pasó de ahí; antes de poder comprar la segunda se vio obligado, para pagar atrasos al amo, el dueño de la casería que llevaba en renta, a llevar al mercado a aquel pedazo de sus entrañas, la Cordera, el amor de sus hijos. Chinta había muerto a los dos años de tener la Cordera en casa. El establo y la cama de matrimonio estaban pared por medio, llamando pared a un tejido de ramas de castaño y de cañas de maíz. La Chinta, musa de la economía en aquel hogar miserable, había muerto mirando a la vaca por un boquete del destrozado tabique de ramaje, señalándola como salvación de la familia.

"Cuidadla, es vuestro sustento," parecían decir los ojos de la pobre moribunda, que murió extenuada de hambre y de trabajo.

El amor de los gemelos se había concentrado en la Cordera; el regazo, que tiene su cariño especial, que el padre no puede reemplazar, estaba al calor de la vaca, en el establo, y allá, en el Somonte.

Todo esto lo comprendía Antón a su manera, confusamente. De la venta necesaria no había que decir palabra a los niños. Un sábado de julio, al ser de día, de mal humor Antón, echó a andar hacia Gijón, llevando la Cordera por delante, sin más atavío que el collar de esquila. Pinín y Rosa dormían. Otros días había que despertarlos a azotes. El padre los dejó tranquilos. Al levantarse se encontraron sin la Cordera. "Sin duda, mío pá la había llevado al xatu." No cabía otra conjetura. Pinín y Rosa opinaban que la vaca iba de mala gana; creían ellos que no deseaba más hijos, pues todos acababa por perderlos pronto, sin saber cómo ni cuándo.

Al obscurecer, Antón y la Cordera entraban por la corrada mohínos, cansados y cubiertos de polvo. El padre no dio explicaciones, pero los hijos adivinaron el peligro.

No había vendido, porque nadie había querido llegar al precio que a él se le había puesto en la cabeza. Era excesivo: un sofisma del cariño. Pedía

mucho por la vaca para que nadie se atreviese a llevársela. Los que se habían acercado a intentar fortuna se habían alejado pronto echando pestes de aquel hombre que miraba con ojos de rencor y desafío al que osaba insistir en acercarse al precio fijo en que el se abroquelaba. Hasta el último momento del mercado estuvo Antón de Chinta en el Humedal, dando plazo a la fatalidad. "No se dirá, pensaba, que yo no quiero vender: son ellos que no me pagan la Cordera en lo que vale." Y, por fin, suspirando, si no satisfecho, con cierto consuelo, volvió a emprender el camino por la carretera de Candás adelante, entre la confusión y el ruido de cerdos y novillos, bueyes y vacas, que los aldeanos de muchas parroquias del contorno conducían con mayor o menor trabajo, según eran de antiguo las relaciones entre dueños y bestias.

En el Natahoyo, en el cruce de dos caminos, todavía estuvo expuesto el de Chinta a quedarse sin la Cordera; un vecino de Carrió que le había rondado todo el día ofreciéndole pocos duros menos de los que pedía, le dio el último ataque, algo borracho.

El de Carrió subía, subía, luchando entre la codicia y el capricho de llevar la vaca. Antón, como una roca. Llegaron a tener las manos enlazadas, parados en medio de la carretera, interrumpiendo el paso ... Por fin, la codicia pudo más; el pico de los cincuenta los separó como un abismo; se soltaron las manos, cada cual tiró por su lado; Antón, por una calleja que, entre madre selvas que aún no florecían y zarzamoras en flor, le condujo hasta su casa.

Desde aquel día en que adivinaron el peligro, Pinín y Rosa no sosegaron. A media semana se personó el mayordomo del corral de Antón. Era otro aldeano de la misma parroquia, de malas pulgas, cruel con los caseros atrasados. Antón que no admitía reprimendas, se puso lívido ante las amenazas de desahucio.

El amo no esperaba más. Bueno, vendería la vaca a vil precio, por una merienda. Había que pagar o quedarse en la calle.

Al sábado inmediato acompañó al Humedal Pinín a su padre. El niño miraba con horror a los contratistas de carnes, que eran los tiranos del mercado. La Cordera fue comprada en su justo precio por un rematante de Castilla. Se la hizo una señal en la piel, y volvió a su establo de Puao, ya vendida, ajena, tañendo tristemente la esquila. Detrás caminaban Antón de Chinta, taciturno, y Pinín, con ojos como puños; Rosa, al saber la venta, se abrazó al testuz de la Cordera, que inclinaba la cabeza a las caricias como al yugo.

"¡Se iba la vieja!" pensaba con el alma destrozada Antón el hurraño.

"Ella, ser, era una bestia, pero sus hijos no tenían otra madre ni otra abuela."

Aquellos días en el pasto, en la verdura del Somonte, el silencio era fúnebre. La Cordera, que ignoraba su suerte, descansaba y pacía como siempre, sub specie aeternitatis, como descansaría y comería un minuto antes de que el brutal porrazo la derribase muerta. Pero Rosa y Pinín yacían desolados, tendidos sobre la hierba, inútil en adelante. Miraban con rencor los trenes que pasaban, los alambres del telégrafo. Era aquel mundo desconocido, tan lejos de ellos por un lado, y por otro el que les llevaba su Cordera.

El viernes, al obscurecer, fue la despedida. Vino un encargado del rematante de Castilla por la res. Pagó; bebieron un trago Antón y el comisionado, y se sacó a la quintana la Cordera. Antón había apurado la botella; estaba exaltado; el peso del dinero en el bolsillo le animaba también. Quería aturdirse. Hablaba mucho, alababa las excelencias de la vaca. El otro sonreía, porque las alabanzas de Antón eran impertinentes. ¿Qué daba la res tantos y tantos xarros de leche? ¿Qué era noble en el yugo, fuerte con la carga? ¿Y qué, si dentro de pocos días había de estar reducida a chuletas y otros bocados succulentos? Antón no quería imaginar esto; se la figuraba viva, trabajando, sirviendo a otro labrador, olvidada de él y de sus hijos, pero viva, feliz ... Pinín y Rosa, sentados sobre el montón de cucho, para ellos sentimental de la Cordera y de los propios afanes, unidos por las manos, miraban al enemigo con ojos de espanto. En el supremo instante se arrojaron sobre su amiga; besos, abrazos: hubo de todo. No podían separarse de ella. Antón, agotada de pronto la excitación del vino, cayó como en un marasmo; cruzó los brazos, y entró en el corral oscuro. Los hijos siguieron un buen trecho por la calleja, de altos setos, el triste grupo del indiferente comisionado y la Cordera, que iba de mala gana con un desconocido y a tales horas. Por fin, hubo que separarse. Antón, malhumorado, clamaba desde casa:

--Bah, bah, niños, acá vos digo; ¡basta de pamemes! --Así gritaba de lejos el padre con voz de lágrimas.

Caía la noche; por la calleja oscura, que hacían casi negra los altos setos, formando casi bóveda, se perdió el bulto de la Cordera, que parecía negra de lejos. Después no quedó de ella más que el tin tin pausado de la esquila, desvanecido con la distancia, entre los chirridos melancólicos de cigarras infinitas.

--¡Adiós, Cordera! --gritaba Rosa deshecha en llanto.--¡Adiós, Cordera de mí alma!
--¡Adiós, Cordera! --repetía Pinín, no más sereno.

--Adiós --contestó por último, a su modo, la esquila, perdiéndose su lamento triste, resignado, entre los demás sonidos de la noche de julio en la aldea ...

Al día siguiente, muy temprano, a la hora de siempre, Pinín y Rosa fueron al prao Somonte. Aquella soledad no había sido nunca para ellos triste; aquel día, el Somonte sin la Cordera parecía el desierto.

De repente silbó la máquina, apareció el humo, luego el tren. En un furgón cerrado, en unas estrechas ventanas altas o respiraderos, vislumbraron los hermanos gemelos cabezas de vacas que, pasmadas, miraban por aquellos tragaluces.

--¡Adiós, Cordera! --gritó Rosa, adivinando allí a su amiga, a la vaca abuela.

--¡Adiós, Cordera! --vociferó Pinín con la misma fe, enseñando los puños al tren, que volaba camino de Castilla.

Y, llorando, repetía el rapaz, más enterado que su hermana de las picardías del mundo:

--La llevan al matadero ... Carne de vaca, para comer los señores, los curas ... los indios.

--¡Adiós, Cordera!

--¡Adiós, Cordera!

Y Rosa y Pinín miraban con rencor la vía, el telégrafo, los símbolos de aquel mundo enemigo, que les arrebatava, que les devoraba a su compañera de tantas soledades, de tantas ternuras silenciosas, para sus apetitos, para convertirla en manjares de ricos glotones ...

--¡Adiós, Cordera . . . !

--¡Adiós, Cordera . . . !

Pasaron muchos años, Pinín se hizo mozo y se lo llevó el Rey. Ardía la guerra carlista. Antón de Chinta era casero de un cacique de los vencidos; no hubo influencia para declarar inútil a Pinín que, por ser, era como un roble.

Y una tarde triste de octubre, Rosa, en el prao Somonte sola, esperaba el paso del tren correo de Gijón, que le llevaba a sus únicos amores, su hermano. Silbó a lo lejos la máquina, apareció el tren en la trinchera, pasó como un relámpago. Rosa, casi metida por las ruedas pudo ver un instante en un coche de tercera multitud de cabezas de pobres quintos que gritaban, gesticulaban, saludando a los árboles, al suelo, a los campos, a toda la patria familiar, a la pequeña, que dejaban para ir a morir en las luchas fratricidas de la patria grande, al servicio de un rey y de unas ideas que no conocían.

Pinín, con medio cuerpo fuera de una ventanilla, tendió los brazos a su hermana; casi se tocaron. Y Rosa pudo oír entre el estrépito de las ruedas

y la gritería de los reclutas la voz distinta de su hermano, que sollozaba, exclamando, como inspirado por un recuerdo de dolor lejano:

--¡Adiós, Rosa ... ! ¡Adiós, Cordera!
--¡Adiós, Pinín! ¡Pinín de mí alma!

"Allá iba, como la otra, como la vaca abuela. Se lo llevaba el mundo. Carne de vaca para los glotones, para los indianos, carne de su alma, carne de cañón para las locuras del mundo, para las ambiciones ajenas."

Entre confusiones de dolor y de ideas, pensaba así la pobre hermana viendo al tren perderse a lo lejos, silbando triste, con silbido que repercutían los castaños, las vegas y los peñascos ...

¡Qué sola se quedaba! Ahora sí, ahora sí que era un desierto el prao Somonte.

--¡Adiós, Pinín! ¡Adiós, Cordera!

¡Con qué odio miraba Rosa la vía manchada de carbones apagados; con qué ira los alambres del telégrafo! ¡Oh! bien hacía la Cordera en no acercarse. Aquello era el mundo, lo desconocido que se lo llevaba todo. Y sin pensarlo, Rosa apoyó la cabeza sobre el palo clavado como un pendón en la punta del Somonte. El viento cantaba en las entrañas del pino seco su canción metálica. Ahora ya lo comprendía Rosa. Era canción de lágrimas, de abandono, de soledad, de muerte.

En las vibraciones rápidas, como quejidos, creía oír, muy lejana, la voz que sollozaba por la vía adelante:

--¡Adiós, Rosa! ¡Adiós, Cordera!

bls.org/languages/ap_languages/apdownloads/alas1.htm

El Lobisón

Por José Ramón Farias



La creencia de la transformación del hombre en animal es antiquísima. Herodoto registra historias recogidas en sus viajes, sobre un pueblo que en determinada época del año se transforma en lobos. Cuando Sebastián Gaboto toma contacto con aborígenes guaraníes en las cercanías de la actual Itatí, su cronista anota la conversión de hombres en tigre. La acción de los jesuitas en el mundo guaraní, dejó profundas huellas en la cultura desarrollada después de su partida. Estos misioneros, disfrazaron muchas creencias nativas con ropaje religioso para facilitar la transferencia de la nueva doctrina.

Entonces, determinados valores o reglas sociales eran transmitidas como tabúes, relatando historias fantásticas. Si nacían 7 hijos varones, seguidos, el último sería maldito, transformándose en lobo o perro los días viernes a la medianoche. Si el séptimo hijo era mujer, esta sería bruja. En estas fabulaciones, que llegaron a nuestros días con pocas variantes, Dios castigaba a los transgresores de la regla, condenándolos a sufrir horribles castigos.

Dicen nuestros paisanos, que el hombre lobisón, los días sábado tiene apariencia macilenta, que sufre fuertes dolores de estómago, que su olor es insoportable. Es que el viernes a la noche vagó por los basurales, se revolcó en las osamentas, comió carne podrida, engulló algún niño sin bautizar, y atacó a cuanto caminante encontró, largando fuego por los ojos y la boca. Los que afirman haberlo visto en mi provincia, dicen que es un perro negro, grande, sin cabeza, o si la tiene luce una oreja cortita y una larga hasta el piso, que arrastra cadenas. Produce tanto terror su presencia, que los perros gimen y se esconden al solo olfatear su presencia. Los lugareños cuidan que el Lobisón no pase entre sus piernas, porque de esa manera, les transfiere la maldición. No debe atacarse al Lobisón, porque no muere, y luego la venganza es terrible. La única manera de eliminarlo es utilizar una bala bendecida, o hacerle una muesca en forma de cruz en la punta.

En las pequeñas poblaciones, cuando una persona es rechazada socialmente, se le endilga la maldición de ser Lobisón. Esto es causa de marginación sin vueltas. Las incontables historias acerca de este ser maldito, dicen por ejemplo que al momento de transformarse, el hombre siente fuertes dolores de estómago, comienza a revolcarse dando siete vueltas al derecho y siete vueltas al revés. Mientras va girando sobre su cuerpo reza de ida 7 credos al derecho y al volver 7 credos al revés. Luego sale a atacar, primero a sus enemigos y luego al que encuentra. La reacción de los pobladores ha sido tan violenta en el pasado, que llegó a lincharse a personas inocentes. Para frenar esa paranoia, en nuestro país se estableció el padrino presidencial de todo séptimo hijo.

www.guiadelchaco.com.ar/seccion.asp?id=MitosyLeyendas

Propuestas a partir del Libro 4:

Las experiencias que unen:

31. **En viaje** de Martha Perotto / **La especialidad de la casa** de Iris Giménez

Durante el viaje del primer texto, el hombre de la ciudad y las mujeres y hombres del campo superan la desconfianza propia de los prejuicios del grupo al que pertenecen ante la necesidad, común a todos los hombres, de continuar viaje para seguir viviendo. **La especialidad de la casa** ilustra, a través de un hecho abrumadoramente cotidiano en un internado, cómo se tejen los lazos de estrecha hermandad entre las pupilas.

La discriminación por motivos de raza:

32. **Negra catinga** de Juana Porro / **Una cuestión de identidad** de Alicia Rozas

Podríamos decir que **Negra catinga** es un breve relato de iniciación, porque la narradora, una niña de once años, a raíz de una pelea entre chicos y la posterior intervención de los adultos, advierte que su hermano y ella son más morochos que los hijos de los vecinos, y que para no volver a vivir ciertas experiencias dolorosas le conviene estar del lado del padre que es blanco y teñirse de rubia cuando sea grande. En el segundo texto, don Manuel Calfitrú, un anciano mapuche compara con nostalgia y dolor las antiguas celebraciones de su pueblo con las actuales costumbres de sus descendientes a través de cierto tragicómico episodio particular.

Reacciones ante la usurpación:

33. **Bajo la luna, sobre la tierra, bajo la noche** de Diego Angelino / **Casa tomada** de Julio Cortázar (En Anexo)

Bajo la luna, sobre la tierra, bajo la noche es la historia de una lenta, constante y denigrante usurpación, a la que la Baronesa, finalmente una muerta en vida, sobrevive para defender lo poco que le queda: su dignidad y la de su marido ya muerto. Es interesante relacionar este cuento con la usurpación de **Casa tomada**, en la que los personajes la van abandonando poco a poco hasta hacerlo de modo definitivo ante un destino que parecen concebir como inexorable. Cabe observar que, a diferencia de la Baronesa, no hay confrontación ni resistencia.

Los muertos que se contactan con los vivos:

34. **A esta hora me estarían buscando** de Juan Sebastián Villarreal / **La tormenta** de Liliana Aguilar de Paolinelli (Volumen 5 de *Leer la Argentina*) / **La mina** de María Cristina Ramos / **El Ánima del socavón** de Iverna Codina (Volumen 5 de *Leer la Argentina*)

La protagonista del primer texto cuenta de modo cautivante una inesperada y trágica experiencia, involucrando al lector en su historia de modo tal que éste termina sintiéndose un espectador más de su hallazgo. El narrador del segundo relato comienza contando su reacción ante el hallazgo de una persona asesinada en la playa, hasta que el recorrido que este provoca le confirma que se trata de su propio cuerpo. En **La mina** es

un padre desesperado el que da aviso a su mujer para que corra por la vida de sus hijos ignorando todo acerca de la de él hasta el final del relato. Finalmente, en el último cuento de este recorrido, Rosendo es sorprendido por Elvira y su promesa de pasión, sin saber que es el *ánima del socavón*.

Las recompensas en relatos populares:

35. **Oro y Plata** de Oscar Lanfré / **La gruta de las maravillas** de Ricardo Palma
(Volumen 3 de *Leer x leer*)

Oro y Plata es una lograda versión de los tan mentados “*entierros*” en el ámbito rural; en este caso Cipriano es el elegido por el cacique Foyel. En la relación de **La gruta de las maravillas**, las maravillas están destinadas al goce estético y la admiración de quienes accedan a ellas en honor al valor del príncipe Huacari. Como vemos, en las leyendas no siempre las recompensas son materiales.

Los desafíos al diablo:

36. **El desafío de Teodoro** de Guillermo Luis Rodríguez / **Leyenda del hueco del diablo** de Laura Devetach (Volumen 3 de Leer x Leer)

El desafío de Teodoro es una lograda y entretenida narración de las tantas que entretienen las noches en el campo acerca del tema del desafío al diablo. El segundo relato es otra versión del mismo tema pero en este caso la desafiante es una hermosa muchacha de gran ingenio con el que el diablo no cuenta.

Casa tomada

Julio Cortazar

Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los secretos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.

Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse. Hacíamos la limpieza por la mañana, levantándonos a las siete, y a eso de las once yo le dejaba a Irene las últimas habitaciones por repasar y me iba a la cocina. Almorzábamos a mediodía, siempre puntuales; ya no quedaba nada por hacer fuera de unos platos sucios. Nos resultaba grato almorzar pensando en la casa profunda y silenciosa y cómo nos bastábamos para mantenerla limpia. A veces llegamos a creer que era ella la que no nos dejó casarnos. Irene rechazó dos pretendientes sin mayor motivo, a mí se me murió María Esther antes que llegáramos a comprometernos. Entramos en los cuarenta años con la inexpresada idea de que el nuestro, simple y silencioso matrimonio de hermanos, era necesaria clausura de la genealogía asentada por los bisabuelos en nuestra casa. Nos moriríamos allí algún día, vagos y esquivos primos se quedarían con la casa y la echarían al suelo para enriquecerse con el terreno y los ladrillos; o mejor, nosotros mismos la voltearíamos justicieramente antes de que fuese demasiado tarde.

Irene era una chica nacida para no molestar a nadie. Aparte de su actividad matinal se pasaba el resto del día tejiendo en el sofá de su dormitorio. No sé porqué tejía tanto, yo creo que las mujeres tejen cuando han encontrado en esa labor el gran pretexto para no hacer nada. Irene no era así, tejía cosas siempre necesarias, tricotas para el invierno, medias para mí, mañanitas y chalecos para ella. A veces tejía un chaleco y después lo destejía en un momento porque algo no le agradaba; era gracioso ver en la canastilla el montón de lana encrespada resistiéndose a perder su forma de algunas horas. Los sábados iba yo al centro a comprarle lana; Irene tenía fe en mi gusto, se complacía con los colores y nunca tuve que devolver madejas. Yo aprovechaba esas salidas para dar una vuelta por las librerías y preguntar vanamente si había novedades en literatura francesa. Desde 1939 no llegaba nada valioso a la Argentina.

Pero es de la casa que me interesa hablar, de la casa y de Irene, porque yo no tengo importancia. Me pregunto qué hubiera hecho Irene sin el tejido. Uno puede releer un libro, pero cuando un pull-over está terminado no se puede repetirlo sin escándalo. Un día encontré el cajón de abajo de la cómoda de alcanfor lleno de pañoletas blancas, verdes, lila. Estaban con naftalina, apiladas como en una mercería; no tuve valor de preguntarle a Irene qué pensaba a hacer con ellas. No necesitábamos ganarnos la vida, todos los meses llegaba la plata de los campos y el dinero aumentaba. Pero a Irene solamente la entretenía el tejido, mostraba una destreza maravillosa y a mí se me iban las horas viéndole las manos como erizos plateados, agujas yendo y viniendo y una o dos canastillas en el suelo donde se agitaban constantemente los ovillos. Era hermoso.

Cómo no acordarme de la distribución de la casa. El comedor, una sala con gobelinos, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez Peña. Solamente un pasillo con su maciza puerta de roble aislaba esta parte del ala delantera donde había un baño, la cocina, nuestros dormitorios y el living central, al cual comunicaban los dormitorios y el pasillo. Se entraba a la casa

por un zaguán con mayólica, y la puerta central daba al living. De manera que uno entraba por el zaguán, abría la cancel y pasaba al living; tenía a los lados las puertas de nuestros dormitorios, y al frente del pasillo que conducía a la parte más retirada; avanzando por el pasillo se franqueaba la puerta de roble y más allá empezaba el otro lado de la casa, o bien se podía girar a la izquierda justamente antes de la puerta y seguir por un pasillo más estrecho que llevaba a la cocina y al baño. Cuando la puerta estaba abierta advertía uno que la casa era muy grande; si no, daba la impresión de un departamento de los que se edifican ahora, apenas para moverse; Irene y yo vivíamos siempre en esta parte de la casa, casi nunca íbamos más allá de la puerta de roble, salvo para hacer la limpieza, pues es increíble cómo se junta tierra en los muebles. Buenos Aires será una ciudad limpia, pero eso se lo debe a sus habitantes y no a otra cosa. Hay demasiada tierra en el aire, apenas sopla una ráfaga se palpa el polvo en los mármoles de las consolas y entre los rombros de las carpetas de macramé; da trabajo sacarlo bien con plumero, vuela y se suspende en el aire, un momento después se deposita de nuevo en los muebles y en los pianos.

Lo recordaré siempre con claridad porque fue simple y sin circunstancias inútiles. Irene estaba tejiendo en su dormitorio, eran las ocho de la noche y de repente se me ocurrió poner al fuego la pavita del mate. Fui hasta el pasillo hasta enfrentar la entornada puerta de roble, y daba la vuelta al codo que llevaba a la cocina cuando escuché algo en el comedor o la biblioteca. El sonido venía impreciso y sordo, como un volcarse de silla sobre la alfombra o un ahogado susurro de conversación. También lo oí, al mismo tiempo o un segundo después, en el fondo del pasillo que traía desde aquellas piezas hasta la puerta. Me tiré contra la puerta antes de que fuera demasiado tarde, la cerré de golpe apoyando el cuerpo; felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado y además corrí el gran cerrojo para más seguridad.

Fui a la cocina, calenté la pavita, y cuando estuve de vuelta con la bandeja del mate le dije a Irene:

—Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado la parte del fondo.

Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

—¿Estás seguro?

Asentí.

—Entonces —dijo recogiendo las agujas— tendremos que vivir en este lado.

Yo cebaba el mate con mucho cuidado, pero ella tardó un rato en reanudar su labor. Me acuerdo que tejía un chaleco gris; a mí me gustaba ese chaleco.

Los primeros días nos pareció penoso porque ambos habíamos dejado en la parte tomada muchas cosas que queríamos. Mis libros de literatura francesa, por ejemplo, estaban todos en la biblioteca. Irene extrañaba unas carpetas, un par de pantuflas que tanto la abrigaban en invierno. Yo sentía mi pipa de enebro y creo que Irene pensó en una botella de Hesperidina de muchos años. Con frecuencia (pero esto solamente sucedió los primeros días) cerrábamos algún cajón de las cómodas y nos mirábamos con tristeza.

—No está aquí.

Y era una cosa más de todo lo que habíamos perdido al otro lado de la casa.

Pero también tuvimos ventajas. La limpieza se simplificó tanto que aun levantándose tardísimo, a las nueve y media por ejemplo, no daban las once y ya estábamos de brazos cruzados. Irene se acostumbró a ir conmigo a la cocina y ayudarme a preparar el almuerzo. Lo pensamos bien y se decidió esto: mientras yo preparaba el almuerzo, Irene cocinaría platos para comer fríos de noche. Nos alegramos porque

siempre resulta molesto tener que abandonar los dormitorios al atardecer y ponerse a cocinar. Ahora nos bastaba con la mesa en el dormitorio de Irene y las fuentes de comida fiambre.

Irene estaba contenta porque le quedaba más tiempo para tejer. Yo andaba un poco perdido a causa de los libros, pero por no afligir a mi hermana me puse a revisar la colección de estampillas de papá, y eso me sirvió para matar el tiempo. Nos divertíamos mucho, cada uno en sus cosas, casi siempre reunidos en el dormitorio de Irene que era más cómodo. A veces Irene decía:

—Fíjate este punto que se me ha ocurrido. ¿No da un dibujo de trébol?

Un rato después era yo el que le ponía ante los ojos un cuadrito de papel para que viese el mérito de algún sello de Eupen y Malmédy. Estábamos bien, y poco a poco empezábamos a no pensar. Se puede vivir sin pensar.

(Cuando Irene soñaba en alta voz yo me desvelaba enseguida. Nunca pude habituarme a esa voz de estatua o papagayo, voz que viene se los sueños y no de la garganta. Irene decía que mis sueños consistían en grandes sacudones que a veces hacían caer el cobertor. Nuestros dormitorios tenían el living de por medio, pero de noche se escuchaba cualquier cosa en la casa. Nos oíamos respirar, toser, presentíamos el ademán que conduce a la llave del velador, los mutuos y frecuentes insomnios.

Aparte de eso todo estaba callado en la casa. De día eran los rumores domésticos, el roce metálico de las agujas de tejer, un crujido al pasar las hojas del álbum filatélico. La puerta de roble, creo haberlo dicho, era maciza. En la cocina y el baño, que quedaban tocando la parte tomada, nos poníamos a hablar en voz más alta o Irene cantaba canciones de cuna. En una cocina hay demasiado ruido de loza y vidrios para que otros sonidos irrumpan en ella. Muy pocas veces permitíamos ahí el silencio, pero cuando tornábamos a los dormitorios y al living, entonces la casa se ponía callada y a media luz, hasta pisábamos más despacio para no molestarnos. Yo creo que era por eso que de noche, cuando Irene empezaba a soñar en alto voz, me desvelaba en seguida).

Es casi repetir lo mismo salvo las consecuencias. De noche siento sed, y antes de acostarnos le dije a Irene que iba hasta la cocina a servirme un vaso de agua. Desde la puerta del dormitorio (ella tejía) oí el ruido en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño porque el codo del pasillo apagaba el sonido. A Irene le llamó la atención mi brusca manera de detenerme, y vino a mi lado sin decir palabra. Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado de la puerta de roble, en la cocina y en el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi al lado nuestro.

No nos miramos siquiera. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuerte, pero siempre sordos a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada.

—Han tomado esta parte —dijo Irene. El tejido le colgaba de las manos y las hebras iban hasta el cancel y se perdían debajo. Cuando vio que los ovillos habían quedado del otro lado, soltó el tejido sin mirarlo.

—¿Tuviste tiempo de traer alguna cosa? —le pregunté inútilmente.

—No, nada.

Estábamos con lo puesto. Me acordé de los quince mil pesos en el armario de mi dormitorio. Ya era tarde ahora.

Como me quedaba el reloj pulsera, vi que eran las once de la noche. Rodeé con mi brazo la cintura de Irene (yo creo que ella estaba llorando) y salimos a la calle. Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla. No fuese que a algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada.

www.patriagrande.net/argentina/julio.cortazar/bestiario/la.casa.tomada.htm

Propuestas a partir del Libro 5:

Marginados y olvidados:

37. **Los acorralados** (Fragmento) de Armando Tejada Gómez / **Una cuestión de identidad** de Alicia Rozas (Volumen 4 de *Leer la Argentina*) / **La puerta de atrás** de Ana Frydenberg de Villalba

El protagonista cuenta con candor y dolor, cómo es la vida desde su condición de indio, por eso “*Los acorralados*”. En el segundo texto, don Manuel Calfitrú, un anciano mapuche compara con nostalgia y dolor las antiguas celebraciones de su pueblo con las actuales costumbres de sus descendientes ilustrando con un episodio tragicómico. **En la puerta de atrás**, en cambio, los acorralados son numerosos antepasados rubios, venidos de lejanas tierras y olvidados en el vértigo de la vida moderna.

Los oprimidos:

38. **Los acorralados** (Fragmento) de Armando Tejada Gómez / **La Juana** de Lucía Clerici / **De azúcar** de Luisa Peluffo (Volumen 4 de *Leer la Argentina*) / **Los anillos del diablo** de César Altamirano / **Pibes** de Daniel Salzano

El protagonista cuenta con candor y dolor, cómo es la vida desde su condición de indio, por eso “*Los acorralados*”. **La Juana** es un relato fantástico de gran ternura, en el que contrasta la solitaria y débil figura de Juana con la demandante e indiferente familia para la que trabaja. En la historia referida en **De azúcar** asistimos a la rebelión de Berena ante la opresión descarnada de Clarisa, “*su bienhechora*”, y podemos comprender su reacción como un sano acto de liberación. En **Los anillos del diablo** podemos ver cierto determinismo en la narración de la historia del hijo, condenado por el destino a repetir la dura historia del padre pese a los esfuerzos de éste por cambiarlo; sería interesante formular hipótesis acerca del título en relación con el argumento. En el mismo sentido se encuentra la historia de los “**Pibes**”.

Historias escolares:

39. **La especialidad de la casa** de Iris Giménez (Volumen 4 de *Leer la Argentina*) / **Noticias secretas de América** de Eduardo Belgrano Rawson

La especialidad de la casa ilustra, a través de un hecho abrumadoramente cotidiano en un internado escolar, cómo se tejen los lazos de estrecha hermandad entre las pupilas y “*el cristiano trato*” al que son sometidas. **Noticias secretas de América** nos cuenta en tono de humor los momentos previos a un formal acto escolar en una escuela de barrio al que asistirá el Ministro, cabe destacar la ironía final dada por el cartel que indica el nombre de la escuela.

Los orígenes de la araña:

40. **La araña** de Berta Elena Vidal de Battini / **Mito de Aracné** (En Anexo) / Página recomendada: www.aurorabitzine.com/articulos/105.php

La araña refiere una historia con características costumbristas, amena e interesante por la relación de la vieja que alude a cierta leyenda acerca de la araña, por eso resulta interesante relacionarla con el mito de Aracné, de origen griego, tal vez la versión madre.

El amor en la niñez y en la vejez, y la incomprensión del entorno:

41. **Ellos y nosotros** de Enrique Anderson Imbert / **La enamorada del muro** de Carlos Blasco (Volumen 4 de *Leer la Argentina*)

Ellos y nosotros es un candoroso y tierno relato de una historia de infancia entre el protagonista y su compañera de banco, Yolanda; torpemente malinterpretado, por incomprendido, por los adultos. De modo similar, ya en el otro extremo de la vida, el anciano de **La enamorada del muro** revive la ilusión, en este caso del amor, que le dio felicidad y lo mantiene vivo.

Anexo de las propuestas del Libro 5:

Aracne

Recopilación: Graciela Repún

Imagen: Claudia Degliuomini

“Aracne” es una leyenda griega que narra el desafío de una tejedora mortal a la diosa Atenea. El motivo del mismo será realizar un tapiz que represente a los dioses del Olimpo y el resultado acarreará la desventura eterna de la audaz tejedora. Este relato fue extraído del Libro de los dioses, héroes y mitos, de Graciela Repún y Enrique Melantoni, Editorial El Ateneo.



En las manos de Aracne, los mechones de lana parecían neblina.

Ella era una simple mortal, hija de un teñidor de lanas, pero había tal arte en su trabajo, que para contemplarla girando el huso torneado o dibujando con la aguja, las ninfas abandonaban los viñedos y las aguas.

Enredada en su soberbia, Aracne comenzó a proclamarse tan buena tejedora como la misma Atenea.

Y ésta se presentó ante ella, tomando la figura de una vieja con bastón, para aconsejarle que desistiera de medirse con una diosa.

La respuesta de Aracne fue retar a Atenea a probarse en una competición. Abandonando

su disfraz, la diosa se presentó con todo su esplendor. Enfrentadas en distintos telares, fueron tensándose las finas urdimbres y se entretejieron la púrpura, los oros y los delicados matices de la transición de los colores.

Atenea creó un tejido en que los dioses aparecerían soberbios y centrales en su augusta majestad.

Luego pintó con la aguja un verdadero toro y un mar verdadero y bordeó la tela con ramas de olivo de la paz.

Pero Aracne dibujó a las deidades con sus debilidades más carnales, en un trabajo tan brillante y delicado, que la diosa, fuera de sí, rompió su obra y golpeó a su rival.

Viendo la furia divina que había provocado su insana soberbia, la joven mortal intentó terminar con su vida pasándose un lazo por la garganta.

Atenea no lo permitió. “Vive, sí, pero cuelga, malvada”, le dijo.

Y rociando a Aracne con los jugos de una hierba, maldijo su destino y el de su descendencia. La convirtió en una araña tejedora cuya misión es pender y tejer eternamente.

www.educared.org.ar/imaginaria/biblioteca/?p=7

Las relaciones entre los padres vista desde los hijos:

42. **Historia de mi madre** (Fragmento) de Angélica Gorodischer / **Zapatos** de Mempo Giardinelli (Volumen 3 de *Leer la Argentina*)

Es la hija, desde el recuerdo adulto, la que cuenta la *historia de su madre*. En realidad es la historia de sus padres, una historia de rutinas y discusiones, de decepciones y frustración como en tantas historias de padres, y a la vez, el desconcierto y dolor de los hijos. En **Zapatos** nos encontramos también con el tema de la relación de los padres vista desde los hijos, pero en este caso el relato que hace el niño de las discusiones entre sus padres presenta un tono enternecedor y hasta de cierto humor.

La tradición del asado:

43. **El río sin orillas** de (Fragmento) Juan José Saer / **Heráclito** (En Anexo)

El río sin orillas es una acabadísima y hermosa descripción de lo que representa la tradición del asado en estas regiones del mundo e incluso lo relaciona con el fuego universal que ha reunido a los hombres desde sus orígenes. Hacia el final del texto se hace alusión al *fuego único de Heráclito*, con lo cual se constituye en una buena oportunidad para que los lectores más grandes tengan la oportunidad de acceder al conocimiento de algunos datos importantes de este filósofo griego que ha influido en nuestro pensamiento occidental.

De hombres que se transforman en insectos:

44. **Metamorfosis** de Liliana Isaad / **La metamorfosis** de Franz Kafka (Libros Ilustrados) / **La metamorfosis** (Fragmento) de Franz Kafka (Volumen 3 de *Leer x leer*)

Metamorfosis es un breve y fantástico relato inspirado en **La Metamorfosis** de F. Kafka, relato que, a su vez, el protagonista acaba de leer. Por este motivo es interesante continuar con la lectura del relato completo de Kafka en el que se narra lo que le ocurre a Gregorio Samsa a partir de amanecer sorpresivamente convertido en un insecto. De acuerdo a la edad e interés del los lectores se puede optar por la versión completa e ilustrada de los Libros Ilustrados o por el fragmento de *Leer x leer*.

Las inundaciones y las situaciones que provoca:

45. **Algún día va a dejar de llover** de Patricia Severín / **La inundación** de Manuel Borga (Volumen 3 de *Leer la Argentina*)

Algún día va a dejar de llover refiere una de las tantas trágicas historias de las víctimas de las crecientes de los ríos en el norte de nuestro país. En este caso el narrador nos hace asistir a la escena del desenlace de esta situación a través de la presentación directa del modo de interactuar de los personajes, lo que le otorga mayor verosimilitud y dramatismo al relato. En **La inundación**, el tono es de nostalgia y dolor por la

destrucción que provoca una inundación, pero el final es un sorprendente punto de unión de dos relatos que reconocemos en ese momento.

Reacciones de la niñez:

46. **Venganza** de Juan José Hernández (Volumen 2 de *Leer la Argentina*) / **¿Dónde mueren los pájaros?** de Gastón Gori

En el primer relato, la venganza del chico pretende reparar su caprichosa impotencia provocando dolor a quien no cede a su deseo, aunque ésta sea una de las personas que más lo ama. **¿Dónde mueren los pájaros?** es una pregunta sin respuesta que se formula el narrador desde su niñez; cabría preguntarse qué representan esos pájaros que simplemente desaparecen sin que jamás sean vistos muertos por nadie. Tal vez aquí se produzca un punto de unión entre la necesidad de venganza del niño del primer relato y la tendencia casi natural a correr para cazar a los pájaros de los niños que se describe en el segundo relato. Parece el hallazgo de una contradicción entre la inocencia y la frecuente tendencia a la destrucción de la niñez.

Una versión autóctona de la leyenda del jinete sin cabeza:

47. **El vengador** de Beatriz Actis / **La leyenda de Sleepy Hollow** o **La leyenda del jinete sin cabeza** de Washington Irving (En Anexo)

El vengador es una versión regional de la leyenda del jinete sin cabeza que tiene su antecedente último en el relato de Washington Irving cuya lectura también se propone. En esta versión se destaca el destino del Viejo como la culminación de una vida signada por la tragedia, una tragedia similar a la de “muchos viejos” que habitan el litoral de nuestro país.

Historias de hallazgos increíbles:

48. **El ciruja millonario** de Osvaldo Aguirre / **Oro y Plata** de Oscar Lanfré (Volumen 4 de *Leer la Argentina*)

El ciruja millonario es una entretenida historia acerca de un determinado “tipo” de nuestras zonas: el ciruja. En este caso un ciruja que encuentra un extraño maletín e inmediatamente a un más extraño Falcon de la policía, datos que nos ubican en la época del proceso y nos recuerdan determinadas costumbres de entonces, que sería recomendable revisar con los lectores principiantes para que puedan tener una visión más acabada de la historia que se cuenta y su verosimilitud. Asimismo, el hecho de que alguien sin dinero se encuentre, sin pensarlo, con mucho dinero hace que podamos relacionar este relato con **Oro y Plata**, lograda versión de los tan mentados “entierros” en el ámbito rural; en este caso Cipriano es el elegido por el cacique Foyel en un encuentro aparentemente aterrador pero en realidad nada peligroso. En cambio, **El ciruja millonario** refiere un encuentro aparentemente casual y sin peligros, pero luego resulta ser sumamente peligroso y hasta, tal vez, terrible.

La fragilidad de la existencia humana:

49. **La esquina** de Juan Carlos Ghiano / **Hombre de la esquina rosada** de Jorge Luis Borges (En Anexo)

En el primer texto el narrador refiere una historia que lo impacta probablemente porque el final de esa enigmática figura pone de manifiesto la fragilidad de la existencia humana. Puede resultar una buena oportunidad para realizar la lectura del texto de Borges en el que también se manifiesta esta fragilidad en la mítica figura de Francisco Real y, tal vez, en otro sentido, en la de Rosendo Juárez.

Historias de pueblos chicos:

50. **El caballo del forastero** de William Mateo Firpo / **El papel de plata** (Fragmento) de Alfonso Ferrari Amores (Volumen 7 de *Leer la Argentina*)

El caballo del forastero es una divertida historia, típica de *los pueblos chicos e infiernos grandes* que juega con el encanto de doña Brunilda y el ingenio del comisario Romualdes. En un ámbito similar y en la misma clave de humor, uno de los personajes refiere el segundo relato y, como en el primer cuento, pese a la censurable decisión de uno de los personajes, éste despierta simpatía en el lector, quien posiblemente finaliza la lectura justificando su accionar.

La vida después de la muerte:

51. **Espejismo** de Carlos O. Antognazzi / **El fantasma** de Árbol (En Anexo)

Espejismo es un relato fantástico y muy bien narrado en el que un conductor, agobiado por el cansancio y el calor de la tarde, recorre una ruta desierta que lo lleva a la Ciudad. En el fondo ve lo que él sabe que es un espejismo: agua brumosa y la sombra casi de la Ciudad hasta que el espejismo se transforma en un verdadero mar y llega a “*la Ciudad*.” Puede resultar interesante relacionar este itinerario con la letra de la canción *El fantasma* del grupo argentino Árbol en el que el protagonista cuenta algo que podría pensarse como una especie de continuación de la historia de **Espejismo**.

Heráclito (544 aC – 489 dC)



Heráclito por [Johannes Moreelse](#)

Es común incluir a Heráclito entre los primeros filósofos físicos (...), que pensaban que el principio de todas las cosas era algo material (como el agua para Tales, el aire para Anaxímenes), y este error se debe a que para Heráclito, este principio es el fuego, lo cual no debe leerse en un sentido literal, pues es una metáfora. El principio del fuego refiere al movimiento y cambio constante en el que se encuentra el mundo. Esta permanente movilidad se fundamenta en una estructura de contrarios. La contradicción está en el origen de todas las cosas. Todo este fluir está regido por una ley que él denomina Λόγος (Logos). Este Logos no sólo rige el devenir del mundo, sino que le habla (indica, da signos) al hombre, aunque la mayoría de las personas "no saben escuchar ni hablar". El orden real coincide con el orden de la razón, una "armonía invisible, mejor que la visible", aunque Heráclito se lamenta que la mayoría de los hombres vivan relegados a su propio mundo, incapaces de ver el real. Si bien Heráclito no desprecia el uso de los sentidos (como Platón) y los cree indispensables para comprender la realidad, sostiene que con ellos no basta y que es igualmente necesario el uso de la inteligencia, (...).

Al uso de los sentidos y de la inteligencia, hay que agregarle una actitud crítica e indagadora. La mera acumulación de saberes no forma al verdadero sabio, porque para Heráclito lo sabio es "uno y una sola cosa", esto es, la teoría de los opuestos. Quizás el fragmento más conocido de su obra dice:

(...)En el mismo río entramos y no entramos, pues somos y no somos (los mismos) (...)

El fragmento (citado con frecuencia erróneamente como no se puede entrar dos veces en el mismo río, siguiendo a la versión que da Platón en el Cratilo) ejemplifica la doctrina heraclítica del cambio: el río —que no deja de ser el mismo río— ha cambiado sin embargo casi por completo, así como el bañista. Si bien una parte del río fluye y cambia, hay otra (el cauce, que también debe interpretarse y no tomarse en un sentido literal) que es relativamente permanente y que es la que guía el movimiento del agua. Algunos autores ven en el cauce del río el logos que "todo rige", la medida universal que ordena el cosmos, y en el agua del río, el fuego. A primera vista esto puede parecer contradictorio, pero debe recordarse que Heráclito sostiene que los opuestos no se contradicen sino que forman una unidad armónica (pero no estática). Es razonable, entonces, que la otra cara del agua sea el fuego, como él mismo lo adelanta en sus fragmentos. Fuente: es.wikipedia.org/wiki/Heráclito

La leyenda de Sleepy Hollow o La Leyenda del Jinete sin Cabeza

Es un cuento de terror, escrito por Washington Irving en 1820.

La historia se ambienta en el siglo XIX, en el pueblo de Sleepy Hollow (en el estado de Nueva York, EEUU) se cuentan extrañas historias acerca de un jinete sin cabeza. Ichabod Chrane, un escéptico profesor de paso por el pueblo no hace caso de las historias y se interesa más por la hermosa Katrina Van Tassel (hija de un acaudalado terrateniente). Ichabod trata de alejarla de Brom Bones, su rival por el amor de Katrina hasta que ella es perseguido por el jinete y desaparece.

Obtenido de http://es.wikipedia.org/wiki/La_leyenda_de_Sleepy_Hollow

Se recomienda visitar: www.cineismo.com/criticas/leyenda-del-jinete-sin-cabeza-la.htm
y
www.fotograma.com/notas/reviews/346.shtml

JORGE L. BORGES

Hombre de la esquina rosada

A Enrique Amorim

A mi, tan luego, hablarme del finado Francisco Real. Yo lo conocí, y eso que éstos no eran sus barrios porque el sabía tallar más bien por el Norte, por esos laos de la laguna de Guadalupe y la Batería. Arriba de tres veces no lo traté, y ésas en una misma noche, pero es noche que no se me olvidará, como que en ella vino la Lujanera porque sí a dormir en mi rancho y Rosendo Juárez dejó, para no volver, el Arroyo. A ustedes, claro que les falta la debida experiencia para reconocer ése nombre, pero Rosendo Juárez el Pegador, era de los que pisaban más fuerte por Villa Santa Rita. Mozo acreditado para el cuchillo, era uno de los hombres de don Nicolás Paredes, que era uno de los hombres de Morel. Sabía llegar de lo más paquete al quilombo, en un oscuro, con las prendas de plata; los hombres y los perros lo respetaban y las chinas también; nadie inoraba que estaba debiendo dos muertes; usaba un chambergo alto, de ala finita, sobre la melena grasienta; la suerte lo mimaba, como quien dice. Los mozos de la Villa le copiábamos hasta el modo de escupir.

Sin embargo, una noche nos ilustró la verdadera condición de Rosendo.

Parece cuento, pero la historia de esa noche rarísima empezó por un placer insolente de ruedas coloradas, lleno hasta el tope de hombres, que iba a los barquinazos por esos callejones de barro duro, entre los hornos de ladrillos y los huecos, y dos de negro, dele guitarriar y aturdir, y el del pescante que les tiraba un fustazo a los perros sueltos que se le atravesaban al moro, y un emponchado iba silencioso en el medio, y ése era el Corralero de tantas mentas, y el hombre iba a peliar y a matar. La noche era una bendición de tan fresca; dos de ellos iban sobre la capota volcada, como si la soledá fuera un corso. Ese fue el primer sucedido de tantos que hubo, pero recién después lo supimos. Los muchachos estábamos dende temprano en el salón de Julia, que era un galpón de chapas de cinc, entre el camino de Gauna y el Maldonado. Era un local que usted lo divisaba de lejos, por la luz que mandaba a la redonda el farol sinvergüenza, y por el barullo también. La Julia, aunque de humilde color, era de lo más conciente y formal, así que no faltaban músicos, güen beberaje y compañeras resistentes pal baile. Pero la Lujanera, que era la mujer de Rosendo, las sobraaba lejos a todas. Se murió, señor, y digo que hay años en que ni pienso en ella, pero había que verla en sus días, con esos ojos. Verla, no daba sueño.

La caña, la milonga, el hembraje, una condescendiente mala palabra de boca de Rosendo, una palmada suya en el montón que yo trataba de sentir como una amistad: la cosa es que yo estaba lo más feliz. Me tocó una compañera muy seguidora, que iba como adivinándome la intención. El tango hacía su voluntá con nosotros y nos arriaba y nos perdía y nos ordenaba y nos volvía a encontrar. En esa diversión estaban los hombres, lo mismo que en un sueño, cuando de golpe me pareció crecida la música, y era que ya se entreveraba con ella la de los guitarreros del coche, cada vez más cercano. Después, la brisa que la trajo tiró por otro rumbo, y volví a atender a mi cuerpo y al de la compañera y a las conversaciones del baile. Al rato largo llamaron a la puerta con autoridá, un golpe y una voz. En seguida un silencio general, una pechada poderosa a la puerta y el hombre estaba adentro. El hombre era parecido a la voz.

Para nosotros no era todavía Francisco Real, pero sí un tipo alto, fornido, trajeado enteramente de negro, y una chalina de un color como bayo, echada sobre el hombro. La cara recuerdo que era aindiada, esquinada.

Me golpeó la hoja de la puerta al abrirse. De puro atolondrado me le jui encima y le encajé la zurda en la facha, mientras con la derecha sacaba el cuchillo filoso que cargaba en la sisa del

chaleco, junto al sobaco izquierdo. Poco iba a durarme la atropellada. El hombre, para afirmarse, estiró los brazos y me hizo a un lado, como despidiéndose de un estorbo. Me dejó agachado detrás, todavía con la mano abajo del saco, sobre el arma inservible. Siguió como si tal cosa, adelante. Siguió, siempre más alto que cualquiera de los que iba desapartando, siempre como sin ver. Los primeros -puro italianaje mirón- se abrieron como abanico, apurados. La cosa no duró. En el montón siguiente ya estaba el Inglés esperándolo, y antes de sentir en el hombro la mano del forastero, se le durmió con un planazo que tenía listo. Jue ver ése planazo y jue venírsele ya todos al humo. El establecimiento tenía más de muchas varas de fondo, y lo arriaron como un cristo, casi de punta a punta, a pechadas, a silbidos y a salivazos. Primero le tiraron trompadas, después, al ver que ni se atajaba los golpes, puras cachetadas a mano abierta o con el fleco inofensivo de las chalinas, como riéndose de él. También, como reservándolo pa Rosendo, que no se había movido para eso de la paré del fondo, en la que hacía espaldas, callado. Pitaba con apuro su cigarrillo, como si ya entendiera lo que vimos claro después. El Corralero fue empujado hasta él, firme y ensangrentado, con ése viento de chamuchina pifiadora detrás. Silbando, chicoteado, escupido, recién habló cuando se enfrentó con Rosendo. Entonces lo miró y se despejó la cara con el antebrazo y dijo estas cosas:

Yo soy Francisco Real, un hombre del Norte. Yo soy Francisco Real, que le dicen el Corralero.

Yo les he consentido a estos infelices que me alzarán la mano, porque lo que estoy buscando es un hombre. Andan por ahí unos bolaceros diciendo que en estos andurriales hay uno que tiene mentas de cuchillero, y de malo, y que le dicen el Pegador. Quiero encontrarlo pa que me enseñe a mí, que soy naides, lo que es un hombre de coraje y de vista.

Dijo esas cosas y no le quitó los ojos de encima. Ahora le relucía un cuchillón en la mano derecha, que en fija lo había traído en la manga. Alrededor se habían ido abriendo los que empujaron, y todos los mirábamos a los dos, en un gran silencio. Hasta la jeta del milato ciego que tocaba el violín, acataba ese rumbo.

En eso, oigo que se desplazaban atrás, y me veo en el marco de la puerta seis o siete hombres, que serían la barra del Corralero. El más viejo, un hombre apaisanado, curtido, de bigote entrecano, se adelantó para quedarse como encandilado por tanto hembraje y tanta luz, y se descubrió con respeto. Los otros vigilaban, listos para dentrar a tallar si el juego no era limpio.

¿Qué le pasaba mientras tanto a Rosendo, que no lo sacaba pisotando a ese balaquero? Seguía callado, sin alzarle los ojos. El cigarro no sé si lo escupió o si se le cayó de la cara. Al fin pudo acertar con unas palabras, pero tan despacio que a los de la otra punta del salón no nos alcanzo lo que dijo. Volvió Francisco Real a desafiarlo y él a negarse. Entonces, el más muchacho de los forasteros silbó. La Lujanera lo miró aborreciéndolo y se abrió paso con la crencha en la espalda, entre el carreraje y las chinas, y se jue a su hombre y le metió la mano en el pecho y le sacó el cuchillo desenvainado y se lo dió con estas palabras:

Rosendo, creo que lo estarás precisando.

A la altura del techo había una especie de ventana alargada que miraba al arroyo. Con las dos manos recibió Rosendo el cuchillo y lo filió como si no lo reconociera. Se empinó de golpe hacia atrás y voló el cuchillo derecho y fue a perderse ajuera, en el Maldonado. Yo sentí como un frío.

De asco no te carneo dijo el otro, y alzó, para castigarlo, la mano. Entonces la Lujanera se le prendió y le echó los brazos al cuello y lo miró con esos ojos y le dijo con ira:

Dejalo a ése, que nos hizo creer que era un hombre.

Francisco Real se quedó perplejo un espacio y luego la abrazó como para siempre y les gritó a los musicantes que le metieran tango y milonga y a los demás de la diversión, que bailáramos. La milonga corrió como un incendio de punta a punta. Real bailaba muy grave, pero sin ninguna luz, ya pudiéndola. Llegaron a la puerta y grito:

¡Vayan abriendo cancha, señores, que la llevo dormida !

Dijo, y salieron sien con sien, como en la marejada del tango, como si los perdiera el tango.

Debí ponerme colorao de vergüenza. Dí unas vueltitas con alguna mujer y la planté de golpe.

Inventé que era por el calor y por la apretura y jui orillando la paré hasta salir. Linda la noche, ¿para quien? A la vuelta del callejón estaba el placero, con el par de guitarras derechas en el asiento, como cristianos. Dentre a amargarme de que las descuidaran así, como si ni pa recoger changangos sirviéramos. Me dió coraje de sentir que no éramos naides. Un manotón a mi clavel de atrás de la oreja y lo tiré a un charquito y me quedé un espacio mirándolo, como para no pensar en más nada. Yo hubiera querido estar de una vez en el día siguiente, yo me quería salir de esa noche.

En eso, me pegaron un codazo que jue casi un alivio. Era Rosendo, que se escurría solo del barrio.

Vos siempre has de servir de estorbo, pendejo me rezongó al pasar, no sé si para desahogarse, o ajeno. Agarró el lado más oscuro, el del Maldonado; no lo volví a ver más.

Me quedé mirando esas cosas de toda la vida cielo hasta decir basta, el arroyo que se emperraba solo ahí abajo, un caballo dormido, el callejón de tierra, los hornos y pensé que yo era apenas otro yuyo de esas orillas, criado entre las flores de sapo y las osamentas. ¿Qué iba a salir de esa basura sino nosotros, gritones pero blandos para el castigo, boca y atropellada no más? Sentí después que no, que el barrio cuanto más aporriao, más obligación de ser guapo.

¿Basura? La milonga déle loquiar, y déle bochinchar en las casas, y traía olor a madre selvas el viento. Linda al ñudo la noche. Había de estrellas como para marearse mirándolas, una encima de otras. Yo forcejiaba por sentir que a mí no me representaba nada el asunto, pero la cobardía de Rosendo y el coraje insufrible del forastero no me querían dejar. Hasta de una mujer para esa noche se había podido aviar el hombre alto. Para esa y para muchas, pensé, y tal vez para todas, porque la Lujanera era cosa seria. Sabe Dios qué lado agarraron. Muy lejos no podían estar. A lo mejor ya se estaban empleando los dos, en cualesquier cuneta.

Cuando alcancé a volver, seguía como si tal cosa el bailongo.

Haciéndome el chiquito, me entreveré en el montón, y ví que alguno de los nuestros había rajado y que los norteros tanguaban junto con los demás. Codazos y encontrones no había, pero si recelo y decencia. La música parecía dormilona, las mujeres que tanguaban con los del Norte, no decían esta boca es mía.

Yo esperaba algo, pero no lo que sucedió.

Ajuera oímos una mujer que lloraba y después la voz que ya conocíamos, pero serena, casi demasiado serena, como si ya no fuera de alguien, diciéndole:

Entrá, m'hijay luego otro llanto. Luego la voz como si empezara a desesperarse.

¡Abrí te digo, abrí gaucha arrastrada, abrí, perra! se abrió en eso la puerta tembleque, y entró la Lujanera, sola. Entró mandada, como si viniera arreándola alguno.

La está mandando un ánima dijo el Inglés.

Un muerto, amigo dijo entonces el Corralero. El rostro era como de borracho. Entró, y en la cancha que le abrimos todos, como antes, dió unos pasos marcado alto, sin ver y se fue al suelo de una vez, como poste. Uno de los que vinieron con él, lo acostó de espaldas y le acomodó el ponchito de almohada. Esos auxilios lo ensuciaron de sangre. Vimos entonces que traiba una herida juerte en el pecho; la sangre le encharcaba y ennegrecia un lengue punzó que antes no le oservé, porque lo tapó la chalina. Para la primera cura, una de las mujeres trujo caña y unos trapos quemados. El hombre no estaba para esplicar. La Lujanera lo miraba como perdida, con los brazos colgando. Todos estaban preguntándose con la cara y ella consiguió hablar. Dijo que luego de salir con el Corralero, se jueron a un campito, y que en eso cae un desconocido y lo llama como desesperado a pelear y le infiere esa puñalada y que ella jura que no sabe quién es y que no es Rosendo. ¿Ouíen le iba a creer?

El hombre a nuestros pies se moría. Yo pensé que no le había temblado el pulso al que lo arregló.

El hombre, sin embargo, era duro. Cuando golpeó, la Julia había estao cebando unos mates y el

mate dió la vuelta redonda y volvió a mi mano, antes que falleciera. "Tápenme la cara", dijo despacio, cuando no pudo más. Sólo le quedaba el orgullo y no iba a consentir que le curiosearan los visajes de la agonía. Alguien le puso encima el chambergo negro, que era de copa altísima. Se murió abajo del chambergo, sin queja. Cuando el pecho acostado dejó de subir y bajar, se animaron a descubrirlo. Tenía ese aire fatigado de los difuntos; era de los hombres de más coraje que hubo en aquel entonces, dende la Batería hasta el Sur; en cuanto lo supe muerto y sin habla, le perdí el odio.

Para morir no se precisa más que estar vivo dijo una del montón, y otra, pensativa también:

Tanta soberbia el hombre, y no sirve más que pa juntar moscas.

Entonces los norteros jueron diciéndose un cosa despacio y dos a un tiempo la repitieron juerte después.

Lo mató la mujer.

Uno le grito en la cara si era ella, y todos la cercaron. Ya me olvidé que tenía que prudenciar y me les atravesé como luz. De atolondrado, casi pelo el fiyingo. Sentí que muchos me miraban, para no decir todos. Dije como con sorna:

Fijensén en las manos de esa mujer. ¿Que pulso ni que corazón va a tener para clavar una puñalada?

Añadí, medio desganado de guapo:

¿Quién iba a soñar que el finao, que asegún dicen, era malo en su barrio, juera a concluir de una manera tan bruta y en un lugar tan enteramente muerto como éste, ande no pasa nada, cuando no cae alguno de ajuera para distrairnos y queda para la escupida después?

El cuero no le pidió biaba a ninguno.

En eso iba creciendo en la soledá un ruido de jinetes. Era la policía. Quien más, quien menos, todos tendrían su razón para no buscar ese trato, porque determinaron que lo mejor era traspasar el muerto al arroyo. Recordarán ustedes aquella ventana alargada por la que pasó en un brillo el puñal. Por ahí paso después el hombre de negro. Lo levantaron entre muchos y de cuantos centavos y cuanta zoncera tenía lo aligeraron esas manos y alguno le hachó un dedo para refalarle el anillo.

Aprovechadores, señor, que así se le animaban a un pobre dijunto indefenso, después que lo arregló otro más hombre. Un envión y el agua torrentosa y sufrida se lo llevó. Para que no sobrenadara, no se si le arrancaron las vísceras, porque preferí no mirar. El de bigote gris no me quitaba los ojos. La Lujanera aprovechó el apuro para salir.

Cuando echaron su vistazo los de la ley, el baile estaba medio animado. El ciego del violín le sabía sacar unas habaneras de las que ya no se oyen. Ajuera estaba queriendo clariar. Unos postes de ñandubay sobre una lomada estaban como sueltos, porque los alambrados finitos no se dejaban divisar tan temprano.

Yo me fui tranquilo a mi rancho, que estaba a unas tres cuadras. Ardía en la ventana una lucecita, que se apagó en seguida. De juro que me apure a llegar, cuando me di cuenta. Entonces, Borges, volví a sacar el cuchillo corto y filoso que yo sabía cargar aquí, en el chaleco, junto al sobaco izquierdo, y le pegué otra revisada despacio, y estaba como nuevo, inocente, y no quedaba ni un rastrito de sangre.

Arbol.

Salgo volando
por la ventana,
y tantos días
quedan atrás.

Ya no me duelen
todas las cosas
que ayer
me podían molestar.

Son cajones que se cierran
para que nadie los vea.
Son palabras que no
pude decir.

Pero ya no me importa,
porque nada me toca,
y no hay nada vivo
dentro de mí.

Floto en el aire
desde esta tarde,
cuando mi cabeza
explotó.

Ahora el piso es de nubes
y me asomo cada tanto
a espiarte desde
donde estoy.

Y veo, y vuelo.
Y veo, y vuelo.

El barrio se ilumina
y la noche se hace día.
Brilla como un árbol
de navidad.

Y estoy alto muy alto,
y las luces de los autos
que se frenan cada tanto,
y vuelven a arrancar.

Y veo, a la gente corriendo
como una coreografía sin fin.
Y vuelo como en una avioneta,

el olor a fugazeta que cocina mamá.

Y me acuerdo de aquél día
en que decías:
"Si pudieras ser
un pájaro ¿Qué harías...?"

Ahora que floto
y no siento lo que toco
y la gente no me ve pasar.

Voy a aprovechar
para ir a buscarte,
y contarte
como es todo por acá.

Algunas mañanas pasa
la abuela Yolanda
y nos vamos juntos
a pasear.

Y te manda un saludo
el marido de Pocha.
Que me juega al ajedrez
y no le puedo ganar.

Y dale para adelante
con el pibe de a la vuelta,
que a la tarde te pasó a visitar.

Yo te sigo esperando,
porque nada me apura
y algún día todos vienen para acá.

Y veo (y veo), y vuelo (y vuelo).
Y veo (y veo), y vuelo (y vuelo).

Y veo (y veo), y vuelo (y vuelo).
Y lloro (y lloro) un poco (un poco).

www.rock.com.ar/letras/9/9247.shtml

Propuestas a partir del Libro 7:

De padres y de hijos:

52. **Mirando Enfermedades** de Ana María Shua / **Sexa** de Luiz Fernando Verissimo (Volumen 5 de *Leer x leer*) / **Secretos de familia** (Capítulo 38) de Graciela Beatriz Cabal (Volumen 1 de *Leer x leer*) /

Los tres son relatos muy divertidos no sólo por los temas abordados sino también porque están contados desde la perspectiva de los niños que no es tan ingenua como quisieran sus padres: **Mirando enfermedades** es un breve relato de la reacción de un padre ante la pregunta de la hija acerca de un tema tabú en nuestra sociedad como el sexo. Es el mismo tema de **Sexa**, “*el femenino de sexo*”. El fragmento de **Secretos de familia** continúa mostrando las formas de relacionarse de los padres con los hijos, en este caso, en la educación de una hija única.

La amistad en la adolescencia:

53. **El cielo entre los durmientes** de Humberto Costantini / **Ellos y nosotros** de Enrique Anderson Imbert (Volumen 5 de *Leer la Argentina*)

El cielo entre los durmientes es un nostálgico relato de la amistad, que no mide peligros, entre dos chicos adolescentes en las horas de las calurosas siestas de su pueblo. Se propone continuar este recorrido con **Ellos y nosotros**: el tierno relato de una historia de infancia entre un chico y su compañera de banco, torpemente tratado, por incomprendido, por los adultos.

De abandonos:

54. **De abandonos** de Susana Silvestre / **Cuadernos de infancia** (Fragmento) de Norah Lange

En el primer relato asistimos a la paradójica situación de unos padres abandonados por su pequeños hijos en una sociedad en crisis como la nuestra, que lleva a muchas preguntas. En el segundo, la protagonista, cuenta desde su niñez y con la inocencia propia de la edad, el desesperado rito de una madre por salvar a su pequeño niño; en el encuentro entre esa madre y la niña y quienes la rodean se observa un fugaz punto de contacto entre dos mundos simultáneos y opuestos.

Penélope, la esposa fiel:

55. **Penélope** de Margarita Eggers Lan / **Historia de Penélope** (En Anexo) / Páginas recomendadas:

www.windows.ucar.edu/tour/link=/mythology/ulysses.sp.html
perso.wanadoo.es/magenia1/hazanas/odisea.htm

La historia de **Penélope** ilustra otra de las consecuencias que tuvo en nuestro país la censura y la violenta persecución a causa de la intolerancia de los grupos que detentaban el poder; a la vez se puede pensar que Penélope representa la tolerancia de la espera por

aquello que se ama, por eso se propone la lectura de su historia junto a Ulises que figura en el Anexo.

Las vidas “correctas” o muertes en vida:

56. **Balada de la oficina** (Fragmento) de Roberto Mariani / “*Natalio Ruiz, el hombrecito del sombrero gris*” de Charly García (En Anexo)

La voz de un jefe terrible es el que, en **Balada de la oficina**, le recuerda a su empleado su “deberes”. Asimismo, la “balada” que se anuncia en el título (y predispone a otra cosa) acentúa más esa opresión que se manifiesta en el mandato que sigue. Es interesante, después, hacer la lectura de la letra de la canción de Charly García: *Natalio Ruiz, el hombrecito del sombrero gris*, en la que retórica e irónicamente se pregunta por Natalio, un hombre/hombrecito de vida ejemplar.

Historias de fantasmas:

57. **El regalo del señor Maquiaveli** de Ema Wolf / *¿Sería fantasma?* De George Loring Frost (Volumen 1 de *Leer x leer*) / **El fantasma de Canterville** de Oscar Wilde (En Cuentos Ilustrados)

El regalo del señor Maquiaveli es un cuento fantástico en el que se producen divertidos equívocos a raíz un regalo que el señor Maquiaveli le hace a su esposa; es interesante abrir el diálogo entre los lectores acerca de las posibles intenciones del autor en relación con la elección del apellido del protagonista por todo lo que puede sugerir. El segundo relato también aborda el género fantástico, pero contrariamente al primer texto, con un inesperado cierre que toca el género del terror. Se propone finalizar el recorrido con la lectura del **El fantasma de Canterville** de Oscar Wilde porque continuamos con el tema de los fantasmas y confluyen en este excelente relato momentos cómicos y otros no tanto, muy relacionados con las creencias populares sobre el tema, lo que puede dar lugar a interesantes y fluidos intercambios entre el grupo lector.

La rutina:

58. **Balada de la oficina** (Fragmento) de Roberto Mariani / **Mares del Sur** (Fragmento) de Noé Jitrik

La “balada” que anuncia el título, nos predispone a algo agradable y distendido, sin embargo empezamos a “escuchar” una discurso terrible que, progresivamente, proponiendo el orden de la rutina, va minando al lector de un sentimiento de opresión prácticamente insoportable. En **Mares del Sur** nos encontramos con una descripción de la celebración del Año Nuevo en la que, como en el texto anterior, se alude a la rutina destacando todo lo que esta celebración tiene de rutinario, incluida la extendida y siempre vigente expectativa de la posibilidad de que todo cambie y sea mejor.

Antonio Soto y “la Patagonia Rebelde”:

59. **¡Yo soy Soto!** (Fragmento) de David Viñas / Biografía de Antonio Soto (En Anexo) / Páginas recomendadas:
www.discepolo.org.ar/soto1.htm
es.wikipedia.org/wiki/Patagonia_Rebelde

El primero es un excelente relato de un momento de enorme tensión, mientras un enajenado capitán va recorriendo una larga fila de peones inquiriendo por Soto; estos datos ya pueden colaborar para contextualizar la escena en la huelga de 1920 en la Patagonia y la masacre en que terminó. En este caso, cabe la posibilidad de pensar que la reacción del supuesto Soto se constituye, sorprendentemente, en su redención. Se recomienda continuar este itinerario con la lectura de algunos datos biográficos de Antonio Soto, el personaje por el que se pregunta en el relato y su influencia en los hechos acontecidos en esa época. Para aquellos que tengan mayor interés en el tema, se recomiendan otras páginas en las que se puede ampliar la información.

De ocupaciones o invasiones:

60. **Ocupación** (Fragmento) de Beatriz Guido / **Bajo la luna, sobre la tierra, bajo la noche** de Diego Angelino (Volumen 4 de *Leer la Argentina*)

El primer cuento narra una ocupación que no comprendemos sino al final, pero el narrador nos va involucrando en la intriga que es cada vez mayor hasta llegar a una sorpresiva hipótesis que se confirma. En relación con el mismo tema, **Bajo la luna, sobre la tierra, bajo la noche** es la historia de una lenta, constante y denigrante usurpación, a la que la Baronesa, finalmente una muerta en vida, sobrevive para defender lo poco que le queda: su dignidad y la de su marido ya muerto.

La vocación de escribir:

61. **Escribir con el cuerpo** de Luisa Valenzuela / **Carta Abierta a la Junta Militar** de Rodolfo Walsh (Volumen 5 de *Leer x leer*)

Escribir con el cuerpo es el relato de una experiencia personal que, por un lado, se relaciona con un hecho real, que tuvo lugar en un contexto determinado; y por otro lado, este hecho dispara una profunda reflexión acerca de la literatura y de su relación, como escritora, con la escritura. Tanto el contexto que da lugar a la reflexión, como la convicción de escribir como hecho que involucra al ser completo que lo lleva a cabo, son comunes con lo percibido (y evidentemente verificado) en la **Carta Abierta a la Junta Militar**, escrita y publicada al cumplirse un año de gobierno de la Junta Militar. Ya que ella cuenta clara y valientemente lo que estaba ocurriendo en ese momento en el país. De hecho, al día siguiente, Rodolfo Walsh es emboscado y capturado en las calles de Buenos Aires, incrementando desgarradoramente el número de desaparecidos por pensar distinto en nuestro país.

(www.nodigas.com.ar/carta_abierta_de_rodolfo_walsh_a_la_junta_militar)

La payada entre Martín Fierro y el Moreno:

62. **El payador** de Pedro Orgambide / **Martín Fierro** de José Hernández: Canto VII de la Primera Parte y Canto XXX de la Segunda (En www.lahueya.com.ar/index/ferro/ferroindex.htm, ver Anexo) / **El fin** de Jorge Luis Borges (En Anexo)

El payador es una excelente recreación imaginaria acerca del origen de la payada entre Martín Fierro y el Moreno en el Canto XXX de la Segunda Parte; por eso sería interesante la lectura del **Martín Fierro** de José Hernández, y luego la lectura del cuento “**El Fin**” de Jorge Luis Borges, en la que éste cierra ese episodio, proponiendo un último encuentro entre el Moreno y Martín Fierro.

Facundo Quiroga y los tigres:

63. **El tigre enfermo** de Marcelo Birmajer / **El tigre** de Domingo Faustino Sarmiento (Volumen 3 de *Leer x leer*) / **¡¡¡Barranca Yaco!!!** de Domingo Faustino Sarmiento (Volumen 5 de *Leer la Argentina*) / Para ampliar información recomendamos:
www.elhistoriador.com.ar/biografias/s/sarmiento.php

El tigre enfermo es una alegoría del sentimiento de omnipotencia que, muchas veces, invade al hombre haciéndole perder de vista lo que sí tiene: algo tan precioso y frágil como la vida. En el sentido inverso, Sarmiento, en el fragmento que se propone, extraído de **Facundo**, cuenta una anécdota de Juan Facundo Quiroga a quien luego se lo conoció como el Tigre de los Llanos, seguramente por su parecido con ciertas características de este salvaje animal, quizá también, cierta actitud de omnipotencia. Aprovechando esta lectura es interesante continuar con **¡¡¡Barranca Yaco!!!**, otro fragmento de la misma obra en la que refiere la forma brutal y cobarde en que el comandante Santos Pérez mata a Facundo y a quienes lo acompañaban, en una verdadera masacre que incluye a un niño cuyo gemido atormentará al asesino hasta el fin.

Vivencias de una inmigrante inglesa:

64. **Novios de Antaño** (Fragmento) de María Elena Walsh / Orígenes de **Novios de Antaño** (En Anexo)

Novios de Antaño es un hermoso relato que, a través de algunas cartas, va mostrando al modo de fotografías, la percepción que tiene una inmigrante inglesa del Buenos Aires de los tiempos previos a Roca hasta su asunción como Presidente del país, y sus vivencias personales como extranjera en estas tierras.

De príncipes y mujeres durmientes:

65. **La bella durmiente del bosque y el príncipe** de Marco Denevi / **La bella durmiente** (En Anexo)

Denevi juega irónicamente con los sentidos en su versión del cuento popular, sobre todo al rematar con la frase final que alude a “*los ojos bien abiertos*”. Asimismo, requiere que el lector conozca la versión original para poder tener una comprensión más acabada, por eso recomendamos la versión y los comentarios en el Anexo.

Consecuencias de la intolerancia en nuestro país:

66. **Memoria de las dos estaciones** (Fragmento) de José Luis Vítтори (Volumen 6 de *Leer la Argentina*) / **El fin de la historia** de Liliana Heker

Memoria de dos estaciones sugiere, a través de una situación particular, la suerte corrida por aquellos que fueron detenidos y desaparecidos a causa de la intolerancia extrema ante ideologías distintas. **El fin de la historia** da cuenta precisamente de eso: el fin de la gran mayoría de aquellos que fueron detenidos y desaparecidos, y una de las posibles reacciones ante tanto sufrimiento y denigración.

De debilidades humanas:

67. **El mejor alimento** de Antonio dal Masetto / **Escondiendo al ruso (1978)** de Isidoro Lewicky (Volumen 3 de *Leer la Argentina*) / **Fahrenheit 451** de Ray Bradbury (En Anexo)

El mejor alimento satiriza la trivial escena que se desarrolla en la verdulería a raíz de la muerte de don Honorio; a través de los comentarios de los vecinos, el narrador pone en evidencia la hipocresía y la superficialidad de quienes, aparentemente, están conmovidos por su muerte. En clave de humor, **Escondiendo al ruso (1978)** cuenta cómo se las ingenió una familia para conservar a un *perseguido ruso* impreso en papel, resaltando con delicada ironía la necesidad de sus perseguidores. Para cerrar el recorrido y profundizando un poco más en el tema del segundo texto, se propone la lectura del argumento que figura en el Anexo de **Fahrenheit 451** (según los lectores, puede llevar a la lectura de la novela) del excelente escritor de ciencia-ficción Ray Bradbury, quien imagina un extraño y terrible futuro en el que el objetivo de los bomberos es provocar incendios para quemar libros, ya que su sociedad considera que leer impide ser feliz y por lo tanto está prohibido.

Anexo de las propuestas del Libro 7:

Penélope y Ulises

La genealogía más extendida la hace hija de Icario y de la Náyade, Peribea. Existen variantes respecto a las circunstancias que desembocaron en su boda con Ulises. En principio el héroe acudió a Esparta para pedir la mano de la hermosa Helena, pero al darse cuenta de la cantidad de competidores, renunció a Helena solicitando en su lugar la de una sobrina de Tindáreo, Penélope. Le pudo ser concedida Penélope, en agradecimiento por el juramento que Ulises sugirió a Tindáreo. En este juramento todos los pretendientes de Helena se comprometían proteger al elegido por la muchacha.

Icario se mostró reacio a separarse de su hija y sugirió a Ulises que se quedase a vivir con ellos. Ulises se negó y dejó en libertad a Penélope para elegir con quien se quedaba. La doncella guardó silencio y ocultó su rostro bajo un velo, con lo cual quedó claro que el elegido era Ulises. Icario accedió a su partida y en aquel lugar construyó un templo dedicado al pudor.

La pareja tuvo a Telémaco, que aún era un infante cuando Ulises se vio obligado a partir hacia Troya, atrapado por el juramento que el mismo ideó. Penélope ha permanecido en la historia como un ejemplo de fidelidad conyugal, pues esperó a su esposo durante veinte años, resistiéndose a todos sus pretendientes.

Existe un mito que da explicación a su nombre. Se supone que en principio se llamaba Arnea. Pero Nauplio, que había acudido a Ítaca para vengar la muerte de su hijo, al ver que no conseguía incitarla al adulterio, le dijo a Arnea que Ulises había muerto. Ella desesperada se arrojó al mar, pero unos patos salvajes la mantuvieron a flote, la alimentaron y la llevaron hasta la costa. En recuerdo de este suceso, cambió el nombre de Arnea por el de Penélope, que significa "pato salvaje".

Tras la supuesta muerte de Ulises, se instalaron en el palacio de Penélope, al menos un centenar de pretendientes que codiciaban tanto a la mujer como a las riquezas del héroe. Para obligarla a decidirse por uno de ellos, celebraban banquetes con los que estaban dilapidando las arcas del país. Penélope, para ganar tiempo, comunicó que elegiría marido el día que terminase de tejer un sudario para su suegro, Laertes. Se pasaba el día tejiendo, pero por la noche deshacía el trabajo del día. Durante tres años les entretuvo con esta idea, hasta que una criada la traicionó.

Cuando Ulises regresa a Ítaca, después de matar a los pretendientes, ella no le reconoce hasta que él le relata detalles sobre su noche nupcial que sólo ellos conocen. Después Atenea alarga la noche para que los esposos puedan disfrutar de su mutua compañía.

Fuente: www.mailxmail.com/curso/excelencia/mitologia/capitulo13.htm

Sui Generis

*Natalio Ruiz, el hombrecito del sombrero gris
Sui Generis. Charly García*

Y cuando pasó el tiempo
alguien se preguntó
a dónde fue a parar Natalio Ruiz,
el hombrecito del sombrero gris.

Caminaba por la calle mayor
del balcón de su amada
a su casa a escribir
esos versos de un tiempo
que mi abuelo vivió.

Dónde estás ahora, Natalio Ruiz
el hombrecito del sombrero gris?
Te recuerdo hoy, con tus anteojos,
que hombre serio paseando por la plaza!

De qué sirvió cuidarte tanto de la tos?
No tomar más de lo que el médico indicó
cuidar la forma por el qué dirán,
y hacer el amor cada muerte de obispo,
y nunca atreverse a pedirle la mano,
por miedo a esa tía con cara de arpía?

Y dónde estás? A dónde has ido a parar?
Y qué se hizo de tu sombrero gris?
Hoy ocupás un lugar mas
acorde con tu alcurnia
en la Recoleta.

www.rock.com.ar/letras/1/1966.shtml

GALEGOS REVOLUCIONARIOS NA ARXENTINA

ANTONIO SOTO CANALEJO: LIDER DE LA PATAGONIA REBELDE

Antonio Gonzalo Soto Canalejo nació el 8 de octubre de 1896 en la ciudad de Ferrol. Su padre fallece en la guerra de Cuba, poco después de nacer Antonio. Cuando cumple tres años su madre vuelve a casarse y emigran a Argentina. Ante los problemas familiares con su padrastro, su madre decide enviarlo nuevamente a Galicia.

En 1914 regresa a Buenos Aires con su madre. Por aquellos años la ciudad de Buenos Aires era un hervidero político: huelgas, manifestaciones, periódicos anarquistas incitaban a la lucha y resistencia. En ese clima crece Antonio. A los 22 años se incorpora en una Compañía de Teatro, que hacía giras por puertos patagónicos. Llega así a Río Gallegos y queda cautivado por el clima obrero de la ciudad, a tal punto que deja la compañía de teatro y se incorpora en la Sociedad Obrera de la ciudad, donde se va formando como líder sindical.

En mayo de 1920 Antonio fue elegido Secretario General de la Sociedad Obrera de Río Gallegos. En esa época la tensión obreros-patrones rurales iba in crescendo. Los estancieros, preocupados por la crisis de la lana y el nivel de organización obrera, solicitan ayuda a Buenos Aires.

La represión no se hizo esperar. A partir de enero de 1921 la autoridad militar movilizó a marinos y policías para reprimir a los huelguistas en cualquier lugar que le hallaren. En poco tiempo encarcelan a los cabecillas. Antonio Soto, logra escapar de la persecución con la ayuda de "Doña Máxima Lista", una gallega que le oculta en las afueras de Río Gallegos.

La noche del 6 al 7 de diciembre sería la más larga de la vida de Antonio Soto. Junto con un grupo de huelguistas resistentes, es arrinconado por los militares en la Estancia Anita, en la zona de El Calafate. Se debaten en las últimas discusiones, huir... , negociar... , resistir hasta las últimas. Deciden parlamentar con los militares. Los enviados con bandera blanca son fusilados sin más. Ante este panorama Antonio Soto arenga a sus últimos compañeros a huir.

Protegidos la noche, Antonio Soto seguido por doce huelguistas se internan en los bosques patagónicos para cruzar la cordillera hacia Chile. Esa noche los militares realizan una auténtica cacería humana. De los 500 a 600 huelguistas rendidos, fueron asesinados en la "Anita" entre 200 y 250. Durante todo el conflicto murieron alrededor de 1500 trabajadores.

Soto y su pequeño grupo logran cruzar la cordillera y perseguidos por el ejército argentino y los carabineros chilenos logran llegar a Puerto Natales donde la Federación Obrera lo oculta y luego lo envía a Punta Arenas, de donde le facilitan la salida hacia Valparaíso.

En esta ciudad conoce a Amanda Souper, con la cual se casa y se traslada a Iquique, al

norte de Chile. Con ella tiene cinco hijos. Pasados algunos años se traslada a Santiago donde desarrolla una actividad política clandestina. Las persecuciones le obligan a cambiar de domicilio continuamente. Regresa al sur. En Puerto Natales instala el cine " Libertad". La actividad no va bien. Regresa a los trabajos de rurales y hasta coloca un puesto de ventas de frutas y verduras. Es asesor durante muchos años de los Sindicatos del Sur Chileno. En 1936 desea regresar a España, para pelear en la guerra civil, pero su salud no se lo permite. En 1938 se casa por segunda vez con Dorotea Cárdenas. De esta unión nace su hija Isabel. En 1945 se radica en Punta Arenas trabajando como obrero en una fundición de arreglo de motores de barco. Luego coloca un puesto de frutas en el mercado, luego un restaurante y pensión.

En esos años funda el Centro Republicano Español, el Centro Gallego, la filial Cruz Roja Internacional- En 1962 abandona todo tipo de trabajo. El 11 de mayo de 1963 fallece en Punta Arenas. Tenía 65 años.

www.fillos.org/galicia/index.php?module=pnEncyclopedia&func=display_term&id=3148&vid=

Martín Fierro de José Hernández

Páginas recomendadas:

www.lahueva.com.ar/index/ferro/ferroindex.htm

Versión digital del poema completo con la posibilidad de elegir, por el diseño de la página, sólo los cantos que se relacionan con el Moreno (VII de la Primera parte y XXX de la Segunda)

www.analitica.com/Bitblío/jose_hernandez/martin_fierro.asp

El poema completo con enlace a vida y otra del autor

Jorge Luis Borges (Ficciones - 1944)

El Fin

Recabarren, tendido, entreabrió los ojos y vio el oblicuo cielo raso de junco. De la otra pieza le llegaba un rasgueo de guitarra, una suerte de pobrísimo laberinto que se enredaba y desataba infinitamente...

Recobró poco a poco la realidad, las cosas cotidianas que ya no cambiaría nunca por otras. Miró sin lástima su gran cuerpo inútil, el poncho de lana ordinaria que le envolvía las piernas. Afuera, más allá de los barrotes de la ventana, se dilataban la llanura y la tarde; había dormido, pero aun quedaba mucha luz en el cielo. Con el brazo izquierdo tanteó dar con un cencerro de bronce que había al pie del catre. Una o dos veces lo agitó; del otro lado de la puerta seguían llegándole los modestos acordes. El ejecutor era un negro que había aparecido una noche con pretensiones de cantor y que había desafiado a otro forastero a una larga payada de contrapunto. Vencido, seguía frecuentando la pulpería, como a la espera de alguien. Se pasaba las horas con la guitarra, pero no había vuelto a cantar; acaso la derrota lo había amargado. La gente ya se había acostumbrado a ese hombre inofensivo. Recabarren, patrón de la pulpería, no olvidaría ese contrapunto; al día siguiente, al acomodar unos tercios de yerba, se le había muerto bruscamente el lado derecho y había perdido el habla. A fuerza de apiadarnos de las desdichas de los héroes de las novelas concluimos apiadándonos con exceso de las desdichas propias; no así el sufrido Recabarren, que aceptó la parálisis como antes había aceptado el rigor y las soledades de América. Habitado a vivir en el presente, como los animales, ahora miraba el cielo y pensaba que el cerco rojo de la luna era señal de lluvia.

Un chico de rasgos aindiados (hijo suyo, tal vez) entreabrió la puerta. Recabarren le preguntó con los ojos si había algún parroquiano. El chico, taciturno, le dijo por señas que no; el negro no cantaba. El hombre

postrado se quedó solo; su mano izquierda jugó un rato con el cencerro, como si ejerciera un poder.

La llanura, bajo el último sol, era casi abstracta, como vista en un sueño. Un punto se agitó en el horizonte y creció hasta ser un jinete, que venía, o parecía venir, a la casa. Recabarren vio el chambergo, el largo poncho oscuro, el caballo moro, pero no la cara del hombre, que, por fin, sujetó el galope y vino acercándose al trotecito. A unas doscientas varas dobló. Recabarren no lo vio más, pero lo oyó chistar, apearse, atar el caballo al palenque y entrar con paso firme en la pulpería.

Sin alzar los ojos del instrumento, donde parecía buscar algo, el negro dijo con dulzura:

-Ya sabía yo, señor, que podía contar con usted.

El otro, con voz áspera, replicó:

-Y yo con vos, moreno. Una porción de días te hice esperar, pero aquí he venido.

Hubo un silencio. Al fin, el negro respondió:

-Me estoy acostumbrando a esperar. He esperado siete años.

El otro explicó sin apuro:

-Más de siete años pasé yo sin ver a mis hijos.

Los encontré ese día y no quise mostrarme como un hombre que anda a las puñaladas.

-Ya me hice cargo -dijo el negro-. Espero que los dejó con salud.

El forastero, que se había sentado en el mostrador, se rió de buena gana. Pidió una caña y la paladeó sin concluir.

-Les di buenos consejos -declaró-, que nunca están de más y no cuestan nada. Les dije, entre otras cosas, que el hombre no debe derramar la sangre del hombre.

Un lento acorde precedió la respuesta de negro:

-Hizo bien. Así no se parecerán a nosotros.

-Por lo menos a mí -dijo el forastero y añadió como si pensara en voz alta-: Mi destino ha querido que yo matara y ahora, otra vez, me pone el cuchillo en la mano.

El negro, como si no lo oyera, observó:

-Con el otoño se van acortando los días.

-Con la luz que queda me basta -replicó el otro, poniéndose de pie.

Se cuadró ante el negro y le dijo como cansado:

-Dejá en paz la guitarra, que hoy te espera otra clase de contrapunto.

Los dos se encaminaron a la puerta. El negro, al salir, murmuró:

-Tal vez en éste me vaya tan mal como en el primero.

El otro contestó con seriedad:

-En el primero no te fue mal. Lo que pasó es que andabas ganoso de llegar al segundo.

Se alejaron un trecho de las casas, caminando a la par. Un lugar de la llanura era igual a otro y la luna resplandecía. De pronto se miraron, se detuvieron y el forastero se quitó las espuelas. Ya estaban con el poncho en el antebrazo, cuando el negro dijo:

-Una cosa quiero pedirle antes que nos trabemos. Que en este encuentro ponga todo su coraje y toda su maña, como en aquel otro de hace siete años, cuando mató a mi hermano.

Acaso por primera vez en su diálogo, Martín Fierro oyó el odio. Su sangre lo sintió como un acicate. Se entreveraron y el acero filoso rayó y marcó la cara del negro.

Hay una hora de la tarde en que la llanura está por decir algo; nunca lo dice o tal vez lo dice infinitamente y no lo entendemos, o lo entendemos pero es intraducible como una música... Desde su catre, Recabarren vio el fin. Una embestida y el negro reculó, perdió pie, amagó un hachazo a la cara y se tendió en una puñalada profunda, que penetró en el vientre. Después vino otra que el pulpero no alcanzó a precisar y Fierro no se levantó. Inmóvil, el negro parecía vigilar su agonía laboriosa. Limpió el facón ensangrentado en el pasto y volvió a las casas con lentitud, sin mirar para atrás. Cumplida su tarea de justiciero, ahora era nadie. Mejor dicho era el otro: no tenía destino sobre la tierra y había matado a un hombre.

www.sololiteratura.com/bor/borelfin.htm

Se recomienda el comentario acerca del cuento en:

www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v1n1/crit_01.htm

María Elena Walsh



María Elena Walsh nació el 1 de febrero de 1930 en Ramos Mejía, suburbio de la ciudad de Buenos Aires. Caserón grande, con patios y gallinero, un pomerania negro, rosales, gatos, limoneros y naranjos y una higuera muy cómoda sobre cuyas ramas la hija rubia y pecosa de «un inglés del ferrocarril» leía durante la siesta de los mayores *Los Tres Mosqueteros*, *Robinson Crusoe* y *La Cabaña del Tío Tom*. Antes de finalizar sus estudios en la Escuela Nacional de Bellas Artes, a los

diecisiete años, escribió su primer libro: *Otoño Imperdonable*, libro de poemas que mereciera el segundo premio Municipal de Poesía. Ya antes, en 1945, había publicado sus primeros versos en la legendaria revista *El Hogar* y en el suplemento literario de *La Nación*.

En 1948, viajó a los Estados Unidos invitada por Juan Ramón Jiménez. En 1952 partió hacia Europa, radicándose en París durante cuatro años. Allí, con Leda Valladares, formó un dúo que se dedicó a difundir el folclore argentino, recibiendo premios y el aplauso del público. Es en esa época también que comienza a escribir versos para niños.

Desde 1959 escribe guiones para TV, obras de teatro, canciones para niños. Las canciones de sus obras de teatro (*Canciones para mirar*, *Doña Disparate* y *Bambuco*, etc.), la letra y la música de sus canciones son cantadas por millares de niños en la Argentina, generación tras generación, quienes participan del mundo de fantasía e ingenio que les propone María Elena Walsh.

(fuente: "María Elena Walsh", de Alicia Dujovne, 1982
foto de Sara Facio)

La Abuela Agnes (1872-1899)

(La abuela de María Elena Walsh, llamada Agnes, llegó a la Argentina con veinte años recién cumplidos, a trabajar como gobernanta. Se casó, y la vuelta a Inglaterra se fue retrasando. Estas cartas que le envió a su padre -bisabuelo de María Elena- llegaron nuevamente a la Argentina a manos de su papá, por intermedio de un pariente, y este se las regaló a María Elena cuando niña para que recortara las estampillas. Pasaron más de 50 años en sus manos antes de que sintiera curiosidad por las mismas y decidiera hacerlas traducir, para luego incorporarlas en su libro "Novios de Antaño", Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1991)

www.literatura.org/MEWalsh/MEWalsh.html

La Bella Durmiente es un cuento popular europeo. Nace de la tradición oral, y por ello existen varias versiones. (...)

En el período del Renacimiento, los cuentos de hadas adquirieron formas escritas más definitivas. En este caso, las dos más conocidas son *Bella Durmiente de los Hermanos Grima*, y *La Bella Durmiente del Bosque de Charles Perrault*.

Fuente: es.wikipedia.org/wiki/La_bella_durmiente

La bella durmiente

Había una vez un rey y una reina que estaban tan afligidos por no tener hijos, tan afligidos que no hay palabras para expresarlo.

Al fin, sin embargo, la reina quedó embarazada y dio a luz una hija. Se hizo un hermoso bautizo; fueron madrinan de la princesita todas las hadas que pudieron encontrarse en la región (eran siete) para que cada una de ellas, al concederle un don, como era la costumbre de las hadas en aquel tiempo, colmara a la princesa de todas las perfecciones imaginables.

Después de las ceremonias del bautizo, todos los invitados volvieron al palacio del rey, donde había un gran festín para las hadas. Delante de cada una de ellas habían colocado un magnífico juego de cubiertos en un estuche de oro macizo, donde había una cuchara, un tenedor y un cuchillo de oro fino, adornado con diamantes y rubíes. Cuando cada cual se estaba sentando a la mesa, vieron entrar a un hada muy vieja que no había sido invitada porque hacia más de cincuenta años que no salía de una torre y la creían muerta o hechizada.

El rey le hizo poner un cubierto, pero no había forma de darle un estuche de oro macizo como a las otras, pues sólo se habían mandado a hacer siete, para las siete hadas. La vieja creyó que la despreciaban y murmuró entre dientes algunas amenazas. Una de las hadas jóvenes que se hallaba cerca la escuchó y pensando que pudiera hacerle algún don enojoso a la princesita, fue, apenas se levantaron de la mesa, a esconderse tras la cortina, a fin de hablar la última y poder así reparar en lo posible el mal que la vieja hubiese hecho.

Entretanto, las hadas comenzaron a conceder sus dones a la princesita. La primera le otorgó el don de ser la persona más bella del mundo, la siguiente el de tener el alma de un ángel, la tercera el de poseer una gracia admirable en todo lo que hiciera, la cuarta el de bailar a las mil maravillas, la quinta el de cantar como un ruiseñor, y la sexta el de tocar toda clase de instrumentos musicales a la perfección. Llegado el turno de la vieja hada, ésta dijo, meneando la cabeza, más por despecho que por vejez, que la princesa se pincharía la mano con un huso, lo que le causaría la muerte.

Este don terrible hizo temblar a todos los asistentes y no hubo nadie que no llorara. En ese momento, el hada joven salió de su escondite y en voz alta pronunció estas palabras:

—Tranquilizaos, rey y reina, vuestra hija no morirá; es verdad que no tengo poder suficiente para deshacer por completo lo que mi antecesora ha hecho. La princesa se clavará la mano con un huso; pero en vez de morir, sólo caerá en un sueño profundo que durará cien años, al cabo de los cuales el hijo de un rey llegará a despertarla.

Para tratar de evitar la desgracia anunciada por la anciana, el rey hizo publicar de inmediato un edicto, mediante el cual bajo pena de muerte, prohibía a toda persona hilar con huso y conservar husos en casa.

Pasaron quince o dieciséis años. Un día en que el rey y la reina habían ido a una de sus mansiones de recreo, sucedió que la joven princesa, correteando por el castillo, subiendo de cuarto en cuarto, llegó a lo alto de un torreón, a una pequeña buhardilla donde una anciana estaba sola hilando su copo. Esta buena mujer no había oído hablar de las prohibiciones del rey para hilar en huso.

—¿Qué hacéis aquí, buena mujer? —dijo la princesa. Estoy hilando, mi bella niña, le respondió la anciana, que no la conocía.

—¡Ah! qué lindo es, replicó la princesa, ¿cómo lo hacéis? Dadme, a ver si yo también puedo.

No hizo más que coger el huso, y siendo muy viva y un poco atolondrada, aparte de que la decisión de las hadas así lo habían dispuesto, cuando se clavó la mano con él y cayó desmayada.

La buena anciana, muy confundida, clama socorro. Llegan de todos lados, echan agua al rostro de la princesa, la desabrochan, le golpean las manos, le frotan las sienes con agua de la reina de Hungría; pero nada la reanima.

Entonces el rey, que acababa de regresar al palacio y había subido al sentir el alboroto, se acordó de la predicción de las hadas, y pensando que esto tenía que suceder ya que ellas lo habían dicho, hizo poner a la princesa en el aposento más hermoso del palacio, sobre una cama bordada en oro y plata. Se veía tan bella que parecía un ángel, pues el desmayo no le había quitado sus vivos colores: sus mejillas eran encarnadas y sus labios como el coral; sólo tenía los ojos cerrados, pero se la oía respirar suavemente, lo que demostraba que no estaba muerta. El rey ordenó que la dejaran dormir en reposo, hasta que llegase su hora de despertar.

El hada buena que le había salvado la vida, al hacer que durmiera cien años, se hallaba en el reino de Mataquin, a doce mil leguas de allí, cuando ocurrió el accidente de la princesa; pero en un instante recibió la noticia traída por un enanito que tenía botas de siete leguas (eran unas botas que recorrían siete leguas en cada paso). El hada partió de inmediato, y al cabo de una hora la vieron llegar en un carro de fuego tirado por dragones.

El rey la fue a recibir dándole la mano a la bajada del carro. Ella aprobó todo lo que él había hecho; pero como era muy previsor, pensó que cuando la princesa llegara a despertar, se sentiría muy confundida al verse sola en este viejo palacio.

Hizo lo siguiente: tocó con su varita todo lo que había en el castillo (salvo al rey y a la reina), ayas, damas de honor, mucamas, gentilhombres, oficiales, mayordomos, cocineros, tocó también todos los caballos que estaban en las caballerizas, con los palafreneros, los grandes perros de gallinero, y la pequeña Puf, la perrita de la princesa que estaba junto a ella sobre el lecho. Junto con tocarlos, se durmieron todos, para que despertaran al mismo tiempo que su ama, a fin de que estuviesen todos listos para atenderla llegado el momento; hasta los asadores, que estaban al fuego con perdices y faisanes, se durmieron, y también el fuego. Todo esto se hizo en un instante: las hadas no tardaban en realizar su tarea.

Entonces el rey y la reina luego de besar a su querida hija, sin que ella despertara, salieron del castillo e hicieron publicar prohibiciones de acercarse a él a quienquiera que fuese en todo el mundo. Estas prohibiciones no eran necesarias, pues en un cuarto de hora creció alrededor del parque tal cantidad de árboles grandes y pequeños, de zarzas y espinas entrelazadas unas con otras, que ni hombre ni bestia habría podido pasar; de modo que ya no se divisaba, sino lo alto de las torres del castillo y esto sólo de muy lejos. Nadie dudó de que esto fuese también obra del hada para que la princesa, mientras durmiera, no tuviera nada que temer de los curiosos.

Al cabo de cien años, el hijo de un rey que gobernaba en ese momento y que no era de la familia de la princesa dormida, andando de caza por esos lados, preguntó qué eran esas torres que divisaba por encima de un gran bosque muy espeso; cada cual le respondió según lo que había oído hablar. Unos decían que era un viejo castillo poblado de fantasmas; otros, que todos los brujos de la región celebraban allí sus reuniones. La opinión más corriente era que en ese lugar vivía un ogro y llevaba allí a cuanto niño podía atrapar, para comérselo a gusto y sin que pudieran seguirlo, teniendo él solamente el poder para hacerse un camino a través del bosque. El príncipe no sabía qué creer, hasta que un viejo campesino tomó la palabra y le dijo:

—Príncipe, hace más de cincuenta años le oí decir a mi padre que había en ese castillo una princesa, la más bella del mundo; que dormiría durante cien años y sería despertada por el hijo de un rey a quien ella estaba destinada.

Al escuchar este discurso, el joven príncipe se sintió enardecido; creyó sin vacilar que él pondría fin a tan hermosa aventura; e impulsado por el amor y la gloria, resolvió investigar al instante de qué se trataba.

Apenas avanzó hacia el bosque, esos enormes árboles, aquellas zarzas y espinas se apartaron solos para dejarlo pasar: caminó hacia el castillo que veía al final de una gran avenida adonde penetró, pero, ante su extrañeza, vio que ninguna de esas gentes había podido seguirlo porque los árboles se habían cerrado tras él. Continuó sin embargo su camino: un príncipe joven y enamorado es siempre valiente.

Llegó a un gran patio de entrada donde todo lo que apareció ante su vista era para helarlo de temor. Reinaba un silencio espantoso, por todas partes se presentaba la imagen de la muerte, era una de cuerpos tendidos de hombres y animales, que parecían muertos. Pero se dio cuenta, por la nariz granujienta y la cara rubicunda de

los guardias, que sólo estaban dormidos, y sus jarras, donde aún quedaban unas gotas de vino, mostraban a las claras que se habían dormido bebiendo.

Atraviesa un gran patio pavimentado de mármol, sube por la escalera, llega a la sala de los guardias que estaban formados en hilera, la carabina al hombro, roncando a más y mejor. Atraviesa varias cámaras llenas de caballeros y damas, todos durmiendo, unos de pie, otros sentados; entra en un cuarto todo dorado, donde ve sobre una cama cuyas cortinas estaban abiertas, el más bello espectáculo que jamás imaginara: una princesa que parecía tener quince o dieciséis años cuyo brillo resplandeciente tenía algo luminoso y divino.

Se acercó temblando y en actitud de admiración se arrodilló junto a ella. Entonces, como había llegado el término del hechizo, la princesa despertó; y mirándolo con ojos más tiernos de lo que una primera vista parecía permitir:

—¿Sois vos, príncipe mío? —le dijo ella— bastante os habéis hecho esperar.

El príncipe, atraído por estas palabras y más aún por la forma en que habían sido dichas, no sabía cómo demostrarle su alegría y gratitud; le aseguró que la amaba más que a sí mismo. Sus discursos fueron inhábiles; por ello gustaron más; poca elocuencia, mucho amor, con eso se llega lejos. Estaba más confundido que ella, y no era para menos; la princesa había tenido tiempo de soñar con lo que le diría, pues parece (aunque la historia no lo dice) que el hada buena, durante tan prolongado letargo, le había procurado el placer de tener sueños agradables. En fin, hacía cuatro horas que hablaban y no habían conversado ni de la mitad de las cosas que tenían que decirse.

Entretanto, el palacio entero se había despertado junto con la princesa; todos se disponían a cumplir con su tarea, y como no todos estaban enamorados, ya se morían de hambre; la dama de honor, apremiada como los demás, le anunció a la princesa que la cena estaba servida. El príncipe ayudó a la princesa a levantarse y vio que estaba toda vestida, y con gran magnificencia; pero se abstuvo de decirle que sus ropas eran de otra época y que todavía usaba gorguera; no por eso se veía menos hermosa.

Pasaron a un salón de espejos y allí cenaron, atendido por los servidores de la princesa; violines y oboes interpretaron piezas antiguas pero excelentes, que ya no se tocaban desde hacía casi cien años; y después de la cena, sin pérdida de tiempo, el capellán los casó en la capilla del castillo, y la dama de honor les cerró las cortinas: durmieron poco, la princesa no lo necesitaba mucho, y el príncipe la dejó por la mañana temprano para regresar a la ciudad, donde su padre debía estar preocupado por él.

El príncipe le dijo que estando de caza se había perdido en el bosque y que había pasado la noche en la choza de un carbonero quien le había dado de comer queso y pan negro. El rey: su padre, que era un buen hombre, le creyó pero su madre no quedó muy convencida, y al ver que iba casi todos los días a cazar y que siempre tenía una excusa a mano cuando pasaba dos o tres noches afuera, ya no dudó que se

trataba de algún amorío; pues vivió más de dos años enteros con la princesa y tuvieron dos hijos siendo la mayor una niña cuyo nombre era Aurora, y el segundo un varón a quien llamaron el Día porque parecía aún más bello que su hermana.

La reina le dijo una y otra vez a su hijo para hacerlo confesar, que había que darse gusto en la vida, pero él no se atrevió nunca a confiarle su secreto; aunque la quería, le temía, pues era de la raza de los ogros, y el rey se había casado con ella por sus riquezas; en la corte se rumoreaba incluso que tenía inclinaciones de ogro, Y que al ver pasar niños, le costaba un mundo dominarse para no abalanzarse sobre ellos; de modo que el príncipe nunca quiso decirle nada.

Mas, cuando murió el rey, al cabo de dos años, y él se sintió el amo, declaró públicamente su matrimonio y con gran ceremonia fue a buscar a su mujer al castillo. Se le hizo un recibimiento magnífico en la capital a donde ella entró acompañada de sus dos hijos.

Algún tiempo después, el rey fue a hacer la guerra contra el emperador Cantalabutte, su vecino. Encargó la regencia del reino a su madre, recomendándole mucho que cuidara a su mujer y a sus hijos. Debía estar en la guerra durante todo el verano, y apenas partió, la reina madre envió a su nuera y sus hijos a una casa de campo en el bosque para poder satisfacer más fácilmente sus horribles deseos. Fue allí algunos días más tarde y le dijo una noche a su mayordomo.

—Mañana para la cena quiero comerme a la pequeña Aurora.

—¡Ay! señora, dijo el mayordomo.

—¡Lo quiero!, dijo la reina (y lo dijo en un tono de ogresa que desea comer carne fresca), y deseo comérmela con salsa —Robert.

El pobre hombre, sabiendo que no podía burlarse de una ogresa, tomó su enorme cuchillo y subió al cuarto de la pequeña Aurora; ella tenía entonces cuatro años y saltando y corriendo se echó a su cuello pidiéndole caramelos. El se puso a llorar, el cuchillo se le cayó de las manos, y se fue al corral a degollar un corderito, cocinándolo con una salsa tan buena que su ama le aseguró que nunca había comido algo tan sabroso. Al mismo tiempo llevó a la pequeña Aurora donde su mujer para que la escondiera en una pieza que ella tenía al fondo del corral.

Ocho días después, la malvada reina le dijo a su mayordomo:

—Para cenar quiero al pequeño Día.

El no contestó, habiendo resuelto engañarla como la primera vez. Fue a buscar al niño y lo encontró, florete en la mano, practicando esgrima con un mono muy grande, aunque sólo tenía tres años. Lo llevó donde su mujer, quien lo escondió junto con Aurora, y en vez del pequeño Día, sirvió un cabrito muy tierno que la ogresa encontró delicioso.

Hasta aquí la cosa había marchado bien; pero una tarde, esta reina perversa le dijo al mayordomo:

—Quiero comerme a la reina con la misma salsa que sus hijos.

Esta vez el pobre mayordomo perdió la esperanza de poder engañarla nuevamente. La joven reina tenía más de 20 años, sin contar los cien que había dormido: aunque hermosa y blanca su piel era algo dura; ¿y cómo encontrar en el corral un animal tan duro? Decidió entonces, para salvar su vida, degollar a la reina, y subió a sus aposentos con la intención de terminar de una vez. Tratando de sentir furor y con el puñal en la mano, entró a la habitación de la reina. Sin embargo no quiso sorprenderla y en forma respetuosa le comunicó la orden que había recibido de la reina madre.

—Cumplid con vuestro deber, le dijo ella, tendiendo su cuello; ejecutad la orden que os han dado; iré a reunirme con mis hijos, mis pobres hijos tan queridos (pues ella los creía muertos desde que los había sacado de su lado sin decirle nada).

—No, no, señora, le respondió el pobre mayordomo, enternecido, no moriréis, y tampoco dejaréis de reuniros con vuestros queridos hijos, pero será en mi casa donde los tengo escondidos, y otra vez engañaré a la reina, haciéndole comer una cierva en lugar vuestro.

La llevó en seguida al cuarto de su mujer y dejando que la reina abrazara a sus hijos y llorara con ellos, fue a preparar una cierva que la reina comió para la cena, con el mismo apetito que si hubiera sido la joven reina. Se sentía muy satisfecha con su crueldad, preparándose para contarle al rey, a su regreso, que los lobos rabiosos se habían comido a la reina su mujer y a sus dos hijos.

Una noche en que como de costumbre rondaba por los patios y corrales del castillo para olfatear alguna carne fresca, oyó en una sala de la planta baja al pequeño Día que lloraba porque su madre quería pegarle por portarse mal, y escuchó también a la pequeña Aurora que pedía perdón por su hermano.

La ogresa reconoció la voz de la reina y de sus hijos, y furiosa por haber sido engañada, a primera hora de la mañana siguiente, ordenó con una voz espantosa que hacía temblar a todo el mundo, que pusieran al medio del patio una gran cuba haciéndola llenar con sapos, víboras, culebras y serpientes, para echar en ella a la reina y sus niños, al mayordomo, su mujer y su criado; había dado la orden de traerlos con las manos atadas a la espalda.

Ahí estaban, y los verdugos se preparaban para echarlos a la cuba, cuando el rey, a quien no esperaban tan pronto, entró a caballo en el patio; había viajado por la posta, y preguntó atónito qué significaba ese horrible espectáculo. Nadie se atrevía a decírselo, cuando de pronto la ogresa, enfurecida al mirar lo que veía, se tiró de cabeza dentro de la cuba y en un instante fue devorada por las viles bestias que ella había mandado poner.

El rey no dejó de afligirse: era su madre, pero se consoló muy pronto con su bella esposa y sus queridos hijos.

Fuente: www.7calderosmagicos.com.ar/Druida/Cuentos/Clasicos/belladuemiente.htm

Recomendamos la versión completa de Charles Perrault en:

www.ciudadseva.com/textos/cuentos/fran/perr/belladur.htm

Fahrenheit 451 de Ray Bradbury

(..) Novela publicada en 1953. El título hace referencia a la temperatura a la que el papel de los libros se inflama y arde. (...)

La historia fue llevada al cine en 1966 por Francois Truffaut. Su título inspiró además el del documental de Michael Moore: Fahrenheit 9/11.

Trama

Guy Montag es un bombero que no se dedica a apagar incendios. Montag los crea con la intención de quemar libros ya que, según su gobierno, leer impide ser felices porque llena de angustia; al leer, los hombres empiezan a ser diferentes cuando deben ser iguales.

Montag conoce a una muchacha de 17 años, Clarisse McClellan, quien le cuenta que a ella y a su familia los tachan de "antisociales" porque formulan preguntas, en lugar de que su entorno las pregunte y las respondan ellos mismos. Al principio, Montag la tacha de loca, pero es esa joven la que empieza a generar en Montag la duda sobre si verdaderamente es feliz.

El jefe de Montag, Beatty, le dice que los libros sólo sirven para hacer sentir mal a las personas, que los libros de filosofía sólo dicen que el autor tiene la razón y los demás no. Es un hombre astuto.

Montag acude a un incendio en el que había que quemar una casa de una mujer anciana que tenía una biblioteca. Antes de echar el petróleo, Montag agarra un libro y se lo lleva. La vieja no sólo se rehúsa salir de su casa, sino que es ella misma quien le prende fuego con un cerillo. Esto impacta más a Montag y le hace pensar.

Su esposa, Mildred, sólo está interesada en platicar con su "familia": tres pantallas de televisión en la sala. Montag quiere compartir con ella sus inquietudes, pero ella se niega.

Montag se acuerda de un viejo que conoció en el parque, un profesor de Literatura llamado Faber. Como Montag tenía una colección de libros escondida, se lleva un ejemplar de la Biblia, como carnada para Faber. Le plantea al viejo profesor la necesidad de luchar para que los libros permanezcan sobre la ignorancia.

Diseñan un plan. Faber contactará con un impresor desempleado y con varios académicos exiliados. Le da a Montag un dispositivo para que se puedan mantener comunicados y sigan diseñando el plan.

Al llegar a su casa, Montag encuentra a Mildred y a unas amigas hablando con la "familia". Molesto por su ignorancia y por ver que son incapaces de dar cariño incluso a sus maridos e hijos, saca un libro de poemas y lee uno. Una de las amigas se pone a llorar y otra se enoja con él. Faber le reprocha por haber hecho esto, ya que lo considera un error.

Posteriormente deciden ir a enfrentar a Beatty, pero este se muestra muy astuto y no consiguen derrotarlo. Suena un aviso de alarma y deciden atenderla. Era la casa de Montag.

Al llegar, sale Mildred corriendo y se va en un taxi. Beatty le dice a Montag que fue ella quien hizo la denuncia, pero que sus amigas ya habían hecho otra. Le ordena quemar él mismo la casa. Empieza a golpear y a provocar a Montag, cuando se da cuenta del

dispositivo con el que Montag se comunicaba con Faber, destruyéndolo, y jura ir en busca de Faber. Enfurecido, Montag quema vivo a Beatty, dándose después cuenta de que Beatty quería morir.

Montag va a casa de Faber, le da dinero y huye. A pesar de que se había organizado una intensa búsqueda, Montag logra escapar, dando con un grupo de académicos dirigidos por Granger. Granger le cuenta que la misión de ellos es memorizar libros para transmitirlos oralmente y así, un día, poder imprimirlos. Y ahí termina la historia, con la esperanza de que algún día el conocimiento supere a la ignorancia.

es.wikipedia.org/wiki/Fahrenheit_451

Se recomienda:

www.elapeh.com/libros.cfm?item=5143198&style=libro_usado